

De Colón a la Alhambra: Washington Irving en España



eds. Antonio Garnica Silva, María Losada Friend, Eloy Navarro Domínguez



IV

EL LARGO RECORRIDO DE UN
PROYECTO ILUSTRADO.
LOS VIAJES COLOMBINOS DE
JOSÉ DE VARGAS PONCE
Y WASHINGTON IRVING

Manuel José de Lara Ródenas

IV

INTRODUCCIÓN SIN VIAJEROS. OLVIDOS DE LA RÁBIDA

Se ha publicado, e incluso existe una placa en bronce que lo conmemora a la entrada del paraje de La Rábida, que el periodista estadounidense Washington Irving fue “el primer escritor en hacer voluntariamente una peregrinación a la cuna de América, de manera que su viaje va a abrir un camino nuevo a los muchos que después de él se van a sentir tocados por los mismos sentimientos de curiosidad y veneración” (Garnica 7). Tal afirmación, que se ha dado por cierta, procede de la extraordinaria seducción que suele ejercer sobre los lectores el relato de su viaje a Moguer, Palos y La Rábida de agosto de 1828, editado en 1831 en inglés como “A visit to Palos” y traducido al español en 1854, en ambos casos como apéndice de una obra más amplia¹. Esa “peregrinación”, como el propio Irving la llama, que le llevó a consultar el archivo del convento en busca de huellas y memorias de Cristóbal Colón y a visitar unos lugares que aún conservaban, aunque sólo para unos pocos, los ecos de los sucesos históricos del Descubrimiento, está contado con tanto tipismo que hoy resulta indispensable a la hora de acercarse a la figura del norteamericano y a los viajes de escritores extranjeros por la Andalucía romántica. Sin embargo, el gusto de época de ese viaje y el interés que ha suscitado el que lo hizo y lo narró no deben confundirnos: no fue Washington Irving el primero que fue a La Rábida, Palos y Moguer a conocer los sitios y examinar los archivos, porque trece años antes, en 1815, ya lo hizo otro escritor de innegable relevancia intelectual: el ilustrado gaditano José de Vargas Ponce.

Es cierto que, con anterioridad al siglo XIX, los lugares donde se discutió, se preparó y se hizo a la mar el primer viaje colombino no estaban fijados de manera apreciable en la memoria histórica o sentimental de quienes habían abordado el tema, y ni siquiera entre los habitantes más cultivados del entorno se esgrimían esos hechos con particular orgullo ni estimación. Rodrigo Caro, que recorrió las localidades de la zona como visitador arzobispal en 1623 registrando de camino los vestigios de su pasado, sólo refiere en un párrafo la historia nebulosa de Alonso Sánchez de Huelva (que él llama Juan), cita de forma escueta el convento de La Rábida y comenta brevemente que el nombre de Palos será “famoso en los siglos, por aver salido de aquí aquellos verdaderos Argonautas, que por inmensos, y no surcados mares, venciendo, no fabulosos, ni encarecidos peligros, sino increíbles por grandes, descubrieron, y costearon el nuevo mundo, llamado indebidamente

América” (207 v. y 208). Antonio Jacobo del Barco, vicario de Huelva y uno de los escritores más fecundos del siglo XVIII onubense, no sintió curiosidad por los hechos colombinos en sus averiguaciones históricas y Juan Agustín de Mora, en el apéndice de su Huelva ilustrada de 1762, sólo reproduce un texto de Fernando Pizarro y Orellana sobre Alonso Sánchez, sin mencionar ninguna otra presencia de marineros de Huelva en el viaje del Descubrimiento (20-23). Cuando, hacia 1786, el cura de Palos contestó el cuestionario enviado por el geógrafo real Tomás López, respondió con esta economía de palabras a la pregunta que se le hacía sobre “los sucesos notables de su historia”:

¹ El relato apareció como apéndice en el libro de Washington Irving *Voyages and Discoveries of the Companions of Columbus*. John Murray, Londres, 1831, pp. 309-333, y Carey & Lea, Filadelfia, 1831, pp. 325-346. Traducido al español, fue incluido en *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón*. Imprenta de Gaspar y Roig, Madrid, 1854, pp. 74-79.

En ella armó Cristóbal Colón tres carabelas y con ellas, ciento veinte hombres, entre marineros y soldados, que de la una hizo piloto a Martín Alonso Pizón, de la otra a Francisco Martín Pinzón, con su hermano Vicente, y de la otra, capitán y piloto, al mismo Colón, con su hermano Bartolomé. Salió viernes 3 de agosto del año de 1492, al descubrimiento de las Indias, que lograron el día 11 de octubre del mismo año. (Ruiz González 220)

Más sintomático aún es que en el Libro en que se trata de la antigüedad del convento de Nuestra Señora de La Rábida, compilado en su mayor parte en 1714 por Fray Felipe de Santiago y Guzmán (aunque hay más manos y también acumula documentos posteriores a esa fecha) y que presenta todos los sucesos de La Rábida desde su fundación, sólo se mencione a Colón dos veces en un conjunto de 130 folios, poco más que para referir que Palos “será siempre aplaudido, por haber aquellos valerosos católicos llevado la fe al Nuevo Mundo, Colón, y Pinzón y Padre Fr. Juan de Marchena, y sus cuatro compañeros” (31), lo cual es de lamentar por cuanto en aquellos momentos el archivo del convento debía de custodiar alguna documentación de interés². En realidad, si en estas tierras esquinadas de España había algún lugar que por entonces parecía merecer una peregrinación histórica o intelectual, ése no era otro que la Peña de Alájar, donde residió Benito Arias Montano, cuya presencia es frecuentemente recordada en las obras eruditas del momento y que atrajo a Francisco Pérez Bayer en su denominado viaje literario de 1782, en el que examinó los archivos parroquiales de Aracena, Alájar y Castañón del Robledo³. Es, probablemente, a causa de la célebre estancia de Arias Montano en la sierra por lo que, en su *Cándido* o el optimismo de 1759, Voltaire escribió que “Cunegunda, Cándido y la vieja llegaron a la pequeña villa de Aracena, en el centro de las montañas de Sierra Morena”, haciéndolos recalar en una posada (29)⁴.

Otros viajeros ilustrados pasaron casi de puntillas por tierras onubenses y, desde luego, no recalieron en los lugares colombinos ni mostraron curiosidad por ellos⁵. José Cornide, en 1772, cruzó desde Ayamonte hasta Sevilla sin hacer comentarios especialmente significativos (Abascal y Cebrián, *Viajes de José Cornide* 55) y Antonio Ponz, cuando estuvo en Sanlúcar de Barrameda, sólo se asomó al Coto de Doñana y al Real Bosque del Lomo del Grullo y dejó en el tomo XVIII de su *Viage de España*, publicado póstumamente en 1794, algunas descripciones del entorno y la desenfocada afirmación de que la ciudad de Moguer, que es la única población que menciona al margen de las que rodean Doñana, “es la última Thule occidental, en la Frontera de Portugal” (126). Se entiende, por tanto, que cuando ya en las primeras décadas del siglo XIX vayan apareciendo por Moguer y Palos los primeros interesados por las memorias colombinas, los habitantes de la zona los reciban con signos de sorpresa y extrañeza, especialmente los que se dirigen a La Rábida, porque, tras la ocupación francesa, el convento no es más que un edi-

2

Tampoco se extiende en consideraciones colombinas la más breve Memoria sobre La Rábida redactada en 1777 por Fray Juan Crisóstomo López, compuesta de 34 folios manuscritos y que sigue en lo general el libro compilado por Fray Felipe de Santiago y Guzmán. Refiriéndose a Palos, la Memoria recuerda escuetamente que fue “madre de aquel famoso Pinzón codescubridor de las Indias” (Coll 118).

3

Del Diario del viaje que hizo desde Valencia a Andalucía y Portugal en 1782 de Pérez Bayer se conservan tres manuscritos incompletos y no del todo coincidentes (Salas 10).

4

Tras dejar la posada de Aracena, escribió Voltaire que “los tres pasaron por Lucena, Chillas, Lebrija y llegaron por fin a Cádiz” (30). Es evidente que Voltaire tenía delante un mapa de la zona y que trazó una línea, independientemente de los caminos reales, para unir Aracena y Cádiz. Lucena del Puerto aparece destacada en diversos mapas de la época, quizás por estar en su término el monasterio de Nuestra Señora de la Luz. Más curiosa es la mención del topónimo Chillas. Efectivamente, en numerosos mapas de Andalucía de los siglos XVII y XVIII, muchos de ellos franceses (por ejemplo, en el mapa del Royaume d'Andalousie et de Grenade de Daniel de la Feuille, de 1706), aparece un núcleo de población con tal nombre en Doñana, junto al río Guadiamar, casi en su desembocadura en el Guadalquivir. Chillas fue, al igual que Gato, una aldea perteneciente a la villa de Mures, hoy Villamanrique de la Condesa. Actualmente es un cortijo que, conservando dicho nombre, está situado al norte de dicho término municipal. Por ese cortijo, literariamente, pasó el Cándido de Voltaire.

5

Aunque no se refiere a Huelva ni a su entorno, puede tenerse una idea panorámica de los viajes ilustrados y románticos por Andalucía en el artículo de Antonio López Ontiveros citado en la bibliografía.

6

Una visión panorámica de la actividad intelectual de Vargas Ponce en diversas ramas de la ciencia y la literatura puede encontrarse en el artículo digital de Fernando Durán López "José Vargas Ponce, poeta y soltero" (Biblioteca Virtual de Andalucía. Una galería de lecturas pendientes, 2010).

7

Ibidem.

ficio decrepito, habitado por muy pocos frailes y situado en mitad de un pinar sombrío y apartado. Ésa es la triste impresión, sin duda, que debió de llevarse José de Vargas Ponce en 1815, que es el año en que fue a La Rábida a consultar el archivo y a conocer los espacios de los que zarparon las naves descubridoras.

UN PROYECTO ILUSTRADO. LA HISTORIA DE LOS VIAJES ESPAÑOLES Y EL PERIPIO COLOMBINO DE VARGAS PONCE.

José de Vargas Ponce, de quien se conserva en la Real Academia de la Historia un retrato pintado en 1805 por Goya, fue un curioso espíritu erudito situado a caballo entre los siglos XVIII y XIX, aunque su talante, temperamento y actividad inabarcable fueron fundamentalmente dieciochescos. A menudo jocoso y socarrón, algunas veces de ingenio ininteligible, siempre excesivo en trabajos y formas, Vargas Ponce fue a la vez, en palabras de Julio Guillén, "infatigable en la investigación y en el estudio; marino, mediano poeta –se tuvo tan sólo por buen coplero-, comediógrafo, astrónomo, periodista, doctísimo en humanidades –manejó con soltura tanto los clásicos latinos como los castellanos-, crítico de arte, pedagogo,

historiador, diputado, arqueólogo, geógrafo" (7), además de director en dos ocasiones de la Real Academia de la Historia, miembro de varias corporaciones más, liberal convencido y sin vacilaciones y –afirma Fernando Durán- individuo versado en "casi todos los géneros y disciplinas intelectuales accesibles a un hombre de su época y educación"⁶. Marino de carrera, aunque retirado de la navegación en 1796 por culpa del asma, vertió toda su energía en la literatura y en proyectos de historia naval que le llevaron a trabajar incansablemente en archivos y bibliotecas, cuyos datos exhumados dieron forma a obras terminadas y a innumerables esbozos sin terminar, hoy en la Academia de la Historia. "Amó profundamente los archivos –insiste Durán-, hogar de sus inacabables búsquedas documentales y de los que extrajo centenares de miles de copias, extractos y originales, que sirvieron para dotar cuantiosas colecciones"⁷. Él mismo lo dijo en una carta de 1808: "la mies es inmensa: mi trabajo ímprobo y casi increíble" (Guillén 39).

Del interés de Vargas Ponce por la realización de una historia naval rigurosa y documentada da cuenta el Discurso leído en la recepción de la Real Academia de la Historia para probar la importancia de la Historia de la Marina y que sólo puede escribirla un marino, con el que el 24 de febrero de 1786 ingresaba en dicha corporación y que, retocado en varias partes, se imprimiría finalmente en 1807. Como dicho discurso ya incluía una propuesta metodológica concreta, sería con arreglo a ese texto como el 7 de septiembre de 1789 presentara al gobierno un Plan para escribir la historia de la Marina, junto con una Propuesta de una colección de viajes españoles, lo que, después de algunos retrasos y vacilaciones, sería aprobado el 16 de agosto de 1792 por el ministro de Marina Antonio Valdés (Durán 26). En su Nota de las tareas literarias del capitán de fragata D. Joseph de Vargas y Ponce, descripción autobiográfica en tercera persona de su labor como escritor, publicada en 1900 por Cesáreo Fernández Duro, lo resume así:

Presentó Vargas al Rey un plan razonado para escribir la Historia de la Marina, convidándose a llenarlo. Después lo adicionó con otro que incluía la colección de nuestros viajes marítimos y las vidas de los varones ilustres en la mar, y cómo podían dividirse

estas tareas entre Vargas y su amigo Navarrete. Estos planes sufrieron maligna contradicción, y, sobre todo, se sepultaron con estudio en la Secretaría.

Fue ministro de Estado el conde de Aranda, apasionado amigo y protector de Vargas; y habiendo dado éste, espontáneamente, los primeros pasos para unir los Correos marítimos a la Marina real, proyecto en vano suspirado hasta entonces, el bailío D. Antonio Valdés subió al despacho el plan para la Historia de la Marina, y baxó aprobado con elogio, y se dieron las órdenes al intento, si bien muy luego, caído el conde de Aranda, tuvo Vargas la de ir a Cartagena a embarcarse, y quedó interrumpida, y no por la última vez, todavía no empezada, esta vasta y útil obra de que con tanta mengua carece la nación. (25 y 26)

Por los vaivenes del respaldo político y económico, con el que no siempre contó, por las numerosas interrupciones provocadas por la asunción de otros encargos y cometidos y por la propia envergadura del proyecto, la realización de la Historia de la Marina fue prolongándose en el tiempo de una manera bastante asistemática, aunque desde 1798 puede decirse que se pusieron manos a la obra definitivamente José de Vargas Ponce y sus colaboradores Martín Fernández de Navarrete y Juan Sans de Barutell, propuestos por él para que le sirvieran de ayuda en distintas ocupaciones. Registrando minuciosamente los archivos navales de las poblaciones en las que residían o por donde pasaban, el acopio de información fue creciendo de manera muy considerable, si bien sólo hay noticias de que Vargas redactara “en limpio la primera época de los fenicios”, que debe de corresponder al desaparecido “primer tomo de la Marina española” que anota su amigo, el onubense Antonio Manuel Trianes, canónigo lectoral de Cádiz, en el inventario de sus obras (Durán 66). Del proyecto en marcha colgarían, en cualquier caso, muchos manuscritos y apuntes que Vargas, gráfomano incansable, iba adelantando como partes de un todo, generando, como resultado más visible de su trabajo, una masa de documentación exhumada extraordinariamente copiosa. Podemos hacernos una idea de la magnitud de la labor emprendida a través de lo que cuenta el propio Vargas en relación a su presencia en los archivos de Guipúzcoa entre 1800 y 1803:

Hasta 1803 se detubo en Guipúzcoa; visitó 117 archivos, incluso el general; y deseando conocer a fondo este pays baxo todos aspectos, no contiene pueblo, ni monte, ni río, que no le debiese peculiar examen. Para su geografía, historia y economía política, juntó muchos miles de documentos; de suerte que esas partes unidas, como quiera que son racionadas, forman un apreciable índice por mayor de su colección diplomática, que hoy pasa de 284 volúmenes en folio, de los cuales, pieza por pieza, tiene un índice muy circunstanciado en otros tantos volúmenes en 8o. (Fernández 36 y 37)

Habiendo trabajado con similar o parecida intención en los archivos de Cartagena, de Cataluña, de Aragón y de Navarra, aunque sin la continuidad deseada, desde 1807 inició la redacción –y en algún caso la publicación– de las vidas de los marinos ilustres españoles, comenzando por la de Pedro Niño y continuando por las de Juan José Navarro, Pedro Navarro, Hugo de Moncada, Andrés Cabrera, Antonio de Escaño, Miguel de Oquendo, Álvaro de Bazán, Sancho Ordóñez y Juan Sebastián Elcano. Como veremos más adelante, esta empresa no podía ser culminada sin elaborar la vida de Cristóbal Colón, pues, como él mismo había reconocido en 1804 en carta a Ceán Bermúdez, “porque así es preciso, será la primera la de Cristóbal Colón, esto es, un extracto de cuanto dejó impreso y manuscrito

nuestro [Juan Bautista] Muñoz; seguirá la de Magallanes, y luego la de Juan Sebastián [Elcano]" (Durán 87). El orden era el natural, aunque al final terminaría imponiéndose el que dictaron las circunstancias de cada momento, y la idea de elaborar la biografía de Colón iría quedando rezagada, una vez y otra, para ser abordada más adelante.

Este trabajo, convulso y salpicado de parones y diferencias de opinión con el ministerio de Marina, iba a concluir, al menos en lo que respecta a su respaldo oficial, en 1810, en el contexto de la ocupación francesa de España. El motivo no está claro, pero sí que el ministro de Marina José Francisco de Mazarredo, uno de los miembros más prestigiosos del gobierno afrancesado, puso fin al proyecto y exigió la entrega de todos los materiales recopilados y elaborados. Vargas, que achaca esta actitud a represalia por su negativa a afrancesarse (negativa que no fue ni mucho menos completa), afirma que "en esta triste situación, sentidísimo Mazarredo de su negativa a imitar su depravada conducta, se obstinó con particular tesón en despojarle de sus colecciones de manuscritos, como lo había verificado con la copiosa de Don Martín Navarrete, so color de pertenecer al Estado" (Fernández 44). Aunque terminó conservando sus documentos, a partir de ese momento José de Vargas Ponce careció de apoyo gubernamental en la ambiciosa tarea que había emprendido años atrás, si bien siguió trabajando, a nivel personal y con las nuevas limitaciones que imponía la situación, en la misma línea trazada.

Pese a las anteriores palabras, extraídas de su Nota autobiográfica y motivadas por el deseo de justificarse a posteriori, Vargas aceptaría en octubre de 1810 formar parte de la Junta de Instrucción Pública del gobierno afrancesado, de lo que tres años más tarde tendría que dar cuenta en su proceso de depuración política. Diputado por Madrid en las Cortes ordinarias de 1813 e integrado en su Comisión de Instrucción Pública, ingresaría a principios de 1814 en la Real Academia Española y sería nombrado por segunda vez ese mismo año director de la Real Academia de la Historia (Durán 28). Todo este proceso de afirmación política e intelectual sería bruscamente cercenado en mayo de 1814, cuando la restauración absolutista de Fernando VII provocara su destierro inmediato de la corte y se instalara en Sevilla. Este hecho fue tanto más relevante para su proyecto por cuanto su estancia sevillana, que se prolongaría hasta 1820, un año antes de su muerte, sería aprovechada para continuar sus investigaciones sobre historia naval en el Archivo de Indias y emprender, por fin, la tarea de escribir, entre otras, la biografía de Cristóbal Colón que él mismo, diez años atrás, había considerado prioritaria. El propio Vargas refirió que, en el Archivo de Indias, "ha copiado a la letra quanto hay relativo a Colón, Magallanes, Elcano, Loaysa, Ojeda y otros navegantes al Pacífico"; lo que le había ocupado "cuatro volúmenes en folio, que contienen 295 piezas y 2.079 páginas" (Fernández 48). Fue en el contexto de este trabajo y de su destierro sevillano en el que, en 1815, emprendió viaje a La Rábida, Palos y Moguer con el fin de consultar sus archivos para completar la biografía de Colón y, de camino, recoger información para hacer las descripciones histórico-geográficas de las villas de Huelva, Palos y Bollullos y algunas biografías de escritores onubenses ilustres.

Todo esto lo sabemos por sus propias palabras, pues en carta a Martín Fernández de Navarrete, enviada desde Sevilla en 1815, afirmaba que "emprendí la descripción de Huelva, Palos y Bollullos y está casi hecha (y como todas mis cosas al quejar). Registré la Rábida con harto fruto para Colón, cogí a la ida una herida de burra de que al cabo de dos meses me resiento todavía, aunque no apareció sino un gran cardenal junto al papa. Esto no impidió completar mi expedición en Moguer" (Durán 126). Como resultado de este viaje en burra, cuya incomodidad y consecuencias físicas refiere de manera tan expresiva (Washington Irving haría el mismo viaje, pero en calesa, trece años después), Vargas Ponce recogió po-

cos datos para su biografía de Colón, aunque escribió para la Academia de la Historia –según escribe en su Nota autobiográfica– “la Descripción geográfica de la villa de Huelva y las Vidas de tres hijos suyos que han sido autores, a saber: el Dr. D. Antonio del Barco, D. Joseph Trigueros y D. Joseph Mora” (Fernández 49). De estas tres biografías nada se sabe, ni tenemos idea exacta de quiénes son José Mora y José Trigueros, onubenses a los que adjudica obra escrita, a menos que sean alusiones erróneas a Juan Agustín de Mora Negro y Garrocho, que publicó Huelva ilustrada, y a Miguel Ignacio Pérez Quintero, natural de Trigueros y autor de diversos libros en las ramas de la historia y la economía. Por supuesto, el primero era Antonio Jacobo del Barco y Gasca, compañero de ilustración de los dos anteriores, vicario de Huelva y una de las mentes más lúcidas de la Huelva dieciochesca.

Es de lamentar, naturalmente, que no hayan quedado los manuscritos de esas descripciones históricas de Huelva, Palos y Bollullos (extraña que mencione Bollullos y no Moguer), aunque es evidente que estuvieron redactados, toda vez que Antonio Manuel Trianes, en su inventario póstumo de las obras de José de Vargas Ponce, recoge al menos la existencia de un Discurso histórico-geográfico de la villa de Huelva (Durán 126) que vuelve a mencionar, como manuscrito, Tomás Muñoz y Romero en su Diccionario bibliográfico-histórico de los antiguos reinos, provincias, ciudades, villas, iglesias y santuarios de España, de 1858, aclarando que “se da noticia de esta obra en el Diccionario de varones ilustres de Cádiz, tomo I, pág. 233)” (139 y 140). Tampoco sabemos gran cosa de las andanzas de Vargas Ponce por los lugares colombinos, pero, curiosamente, sí tenemos constancia de que en La Rábida tuvo en sus manos el antes citado Libro en que se trata de la antigüedad del convento de Nuestra Señora de La Rábida, pues Julio Guillén reproduce el fragmento de una carta en la que el marino gaditano menciona haber visto el “extracto de un libro ms. que se conserva en el Archivo de la Rábida, y que parece obra de Fr. Felipe de Santiago, dispuesta para darla a luz. Contiene milagros de la Virgen, según mi juicio, ninguno tan cierto como que este libro no se haya dado al público” (16). Un comentario similar vertido en otra parte debió de circular suficientemente en los ámbitos eruditos, pues el mismo Diccionario de Muñoz y Romero, al referirse a Palos y aludir a dicho libro, afirma que “Vargas Ponce examinó esta obra, y dice que en la parte antigua es muy disparatada, y para probarlo cita algunos ejemplos, y cuenta entre ellos que el autor trata de probar que la diosa Proserpina fue hija de Trajano, y que dejó de tener culto el día en que nació la Virgen María Santísima. En las noticias que da de la villa de Palos y del convento, dice Vargas Ponce que hay juicio y verdad” (212)⁸.

Vargas Ponce llegó a La Rábida cuando ya el convento no podía ofrecerle más que unas pálidas memorias sentimentales. Si la hubiera visitado unos pocos años antes, el archivo le hubiera brindado, con toda probabilidad, datos más cuantiosos sobre la materia que le interesaba, pero en 1815, tras la presencia francesa y la extinción de las comunidades de regulares (cuestión en la que las Cortes de Cádiz no dieron marcha atrás del todo), el convento franciscano estaba en el peor momento de su trayectoria histórica. Ya en los tiempos de la guerra, como señala Peña Guerrero, aunque La Rábida no había sido utilizada como baluarte defensivo, sí había sufrido continuos saqueos por parte de patrullas armadas francesas. Hay que tener en cuenta que, si bien el edificio no podía defender ninguna posición significativa, en su entorno sí tuvieron lugar frecuentes operaciones de las fuerzas españolas con objeto de hostigar a los franceses que ocupaban Moguer: así,

8

A pesar de la opinión de Vargas Ponce de que la historia del convento “en la parte antigua es muy disparatada”, aún en 1827 Sebastián de Miñano insistiría en su Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal en que “el convento fue en lo antiguo templo de la diosa Proserpina, después convento de Templarios, y en la actualidad de religiosos Recoletos” (415). porque en aquel paraje solitario y apartado no era lugar de guarnición ni de ofensiva. (4: 177)

9

En 1813, en la Noticia del estado eclesiástico de este Arzobispado de Sevilla, sólo se menciona como residente en el convento de La Rábida al guardián Fray Antonio González, sin que sepamos si es que no había más frailes ese año o si los demás conventuales eran legos y no estaban contabilizados. Noticia del estado eclesiástico de este Arzobispado de Sevilla, según el acta de la Visita General Extraordinaria que hizo el Señor Doctor Don Juan Bautista Morales Gallego, presbítero, canónigo de la Santa Patriarcal Iglesia de esta dicha ciudad. 1813. Archivo Arzobispal de Sevilla, Gobierno, Visitas pastorales, leg. 5.237.

por ejemplo, hay constancia de enfrentamientos en las cercanías de Palos con las tropas del duque de AreMBERG y de la presencia en la isla de Saltés de un contingente al mando de José de Zayas que, el 29 de marzo de 1811, cruzó hacia tierra firme por la Torre de la Arenilla y sorprendió al destacamento francés de Moguer (33-36 y 56). Todos estos trasiegos no favorecieron la integridad del convento, que a veces se vio en medio de los movimientos de tropas en uno u otro sentido. Ángel Ortega, en su voluminosa historia de La Rábida, de 1926, se refiere a los momentos inmediatamente posteriores a la ocupación de los franceses:

La comunidad de la Rábida se dispersó, pero quedaron allí dos religiosos; el P. Fr. José Millán, Guardián, y el P. Fr. José Vigones, compañero voluntario. Era el P. Millán hombre de más de cincuenta años de edad, prudente y circunspecto. Agregado a la parroquia de Palos en calidad de cura (su firma se halla repetidísima en los libros parroquiales, año 1810-15), tomando todas las precauciones y revistiéndose del carácter que imponían las circunstancias; sin abdicar un punto de sus deberes como religioso y español, pero sin suscitar inútilmente las iras del invasor, fue una verdadera providencia para el pueblo y para el convento. Éste sufrió saqueos por parte de patrullas que constantemente llegaban a Palos “para llevarse siempre cuanto podían haber a sus manos”, según expresa un memorial del secretario de aquel Ayuntamiento, suplicando se le reintegre de sus honorarios no cobrados durante los 20 meses de ocupación francesa; sacristía, archivo, biblioteca, cuantos objetos de algún valor, y eran bien pocos, existían, todo fue depredado, todo desapareció. Se salvó el edificio, acaso por su misma pobreza y porque en aquel paraje solitario y apartado no era lugar de guarnición ni de ofensiva. (4: 177)

Aunque, por decreto de 20 de mayo de 1814, Fernando VII reinstalaba en sus conventos a las comunidades de religiosos, muchas de ellas dispersas aún, José de Vargas Ponce encontró una Rábida notablemente disminuida, sin archivo ni biblioteca, de modo que su frase “registré La Rábida con harto fruto para Colón” no debió de pasar de una amarga ironía. Desconociendo la altura del año a la que Vargas acudió a La Rábida, no sabemos si el manuscrito que dice Muñoz y Romero que consultó le fue enseñado por Fray Antonio González⁹, que era guardián del convento en el trienio 1813-1815, o si fue Fray Juan González Ramos, que le sucedió el 17 de junio de 1815 para el siguiente trienio. También pudo ser Fray Francisco Baena, pues desde la misma fecha era el predicador de La Rábida. La comunidad no debió de ser mucho más numerosa entonces, recién reinstaurada en el convento, constando que, entre 1808 y 1820, había pasado de diez a cinco frailes (Ortega, IV, 53 y 187).

Cabe pensar que, en su viaje a los lugares colombinos, José de Vargas Ponce recalara en Huelva algún tiempo. De hecho, la relación de Vargas con la localidad onubense excedió de una simple visita esporádica para documentarse sobre los viajes colombinos. Si acometió las biografías de tres autores de Huelva y una descripción histórico-geográfica de la villa fue porque dispuso de tiempo para registrar los archivos locales, ya en una estancia continuada, ya en varios viajes. Lo decimos, además, porque en Huelva escribió parte del Elogio histórico de Don Antonio de Escaño, que había emprendido por acuerdo de la Academia de la Historia y que se publicaría tardíamente, en 1852, habida cuenta de las críticas que con-

tenía contra el gobierno absolutista de Fernando VII. El manuscrito aparece fechado en Huelva a 29 de mayo de 1816. Él mismo, en carta a Diego Clemencín que reproduce Fernández Duro, afirmaba: “Firmé el elogio de D. Antonio Escaño el día del Corpus, que pasó estando en Huelva. Yo tengo la manía de no firmar las cosas hasta que las concluyo” (263)¹⁰.

El porqué de su estancia en Huelva en 1816 puede apuntar en principio a su estrecha amistad con Antonio Manuel Trianes y Rivero, doctor y canónigo lectoral de la Catedral de Cádiz desde 1785 (antes canónigo del Sacromonte de Granada y catedrático de su universidad) e hijo de Antonio Agustín Trianes y Centeno, cabeza de una de las familias más influyentes en la Huelva del último tercio del siglo XVIII y primero del XIX. Trianes, miembro de la Academia Sevillana de Buenas Letras desde 1782 (Aguilar, *La Real Academia Sevillana* 317) y autor de algunos sermones impresos (Aguilar, *Bibliografía* 165), elaboró a la muerte de Vargas la relación bibliográfica de sus obras y el vínculo entre los dos fue tan estrecho que, en un papel anónimo obrante en la Academia de la Historia, se alude a aquél satíricamente refiriendo haber sido “lector perpetuo, sin sueldo, del Sr. Vargas Ponce y su gurupí en los trabajos literarios” (Ravina 218). “Testaferro, compinche”, que es el significado del americanismo “gurupí”, quizás son términos que describen la percepción que se llegó a tener de la amistad entre José de Vargas Ponce y Antonio Manuel Trianes, que también compartieron su compromiso liberal¹¹. La familia Trianes habitaba en Huelva, desde 1760, un espléndido palacio en la calle del Puerto, principal arteria de la población, y es posible que allí se alojara –y que escribiera parte del Elogio histórico de Don Antonio de Escaño– en las ocasiones en que se trasladaba a la villa onubense desde Sevilla o desde Cádiz.

De todos modos, Vargas tuvo en Huelva algún contacto más. En verdad, en esos años no faltaban individuos procedentes de Cádiz que se habían establecido en Huelva, ni onubenses que tenían intereses en Cádiz y que se desplazaban a ella con asiduidad, posiblemente entablando conocimiento con Vargas. Uno de los gaditanos radicados en Huelva fue el presbítero Benito Buscaróns y Ortiz, que servía en la parroquia de La Concepción¹² y que había hecho estudios de filosofía en Sevilla¹³. De familia catalana que en el siglo XVII había tenido un familiar homónimo dedicado a la música, el nombre de Benito Buscaróns aparecía en 1794 entre los suscriptores del libro *La Beturia* vindicada de Miguel Ignacio Pérez Quintero (122), lo que da muestras de su curiosidad intelectual y su interés por la historia, y en 1815, cuando Vargas Ponce llegó a Huelva, tenía ya 63 años e indudablemente era uno de los individuos de referencia en la villa con el que su paisano debió de contactar. También en 1815 era significativa la presencia en Huelva de Antonio Cerón y Mora, pues ese año la Real Sociedad Económica de Sevilla le encargó que gestionara la instalación en Huelva de su propia Sociedad de Amigos del País (Ruiz Lagos 317), aunque ésta aún se haría esperar hasta 1852.

10

La carta, según la reproduce Cesáreo Fernández Duro, presenta la siguiente data: “Sevilla 3 de 16”. Sin embargo, al mencionar la firma del Elogio histórico de D. Antonio de Escaño, que fue realizada en Huelva a 29 de mayo de 1816, día del Corpus, debe forzosamente ser posterior a esa fecha.

11

A propósito de su actividad política, Arturo Morgado García anota los siguientes datos sobre Trianes: “El lectoral Antonio Manuel Trianes (1759-1830), autor de algunos sermones predicados en la Guerra de la Independencia exhortando al patriotismo y a la lucha contra el ejército francés, así como de un Discurso exhortatorio que dirigió a la Junta electoral del partido de Cádiz en 1820, en el que llega a referirse a la Constitución como ‘un código de leyes sabias que será eterno monumento de los progresos del conocimiento humano y de la civilización de las naciones’, siendo definido por Cambiaso como ‘uno de los capitulares más dignos de los que ha tenido el obispado de nuestra Isla, y desde la muerte de Don Cayetano María de Huarte el más sabio de todos los existentes’” (198).

12

Noticia del estado eclesiástico de este Arzobispado de Sevilla, según el acta de la Visita General Extraordinaria que hizo el Señor Doctor Don Juan Bautista Morales Gallego, presbítero, canónigo de la Santa Patriarcal Iglesia de esta dicha ciudad. 1813. Archivo Arzobispal de Sevilla, Gobierno, Visitas pastorales, leg. 5.237.

13

Eso consta en el testamento de 1789 de su padre, también llamado Benito Buscaróns, pues afirma que su hijo diácono había estado estudiando filosofía en Sevilla “tiempo de dos años” (González Cruz, *Familia y educación* 329).

14

Como indican García Garrosa y Lafarga, la primera traducción completa de la *Historia natural del hombre* del conde de Buffon fue realizada por José Clavijo y Fajardo, empleado del Real Gabinete de Historia Natural, y apareció en 21 volúmenes entre 1776 y 1821. "La fama alcanzada por Buffon –afirman dichos autores– propició que en los años siguientes se tradujeran otras obras relacionadas con el naturalista, como la *Vida del conde de Buffon* hecha por José Miguel Alea (1797) o el *Espíritu del conde de Buffon*, traducido por Tiburcio Maquieyra (1798)" (55). Sin embargo, no consta que Ignacio de Ordejón continuara la labor de Clavijo, tal como afirma Vargas. La obra más relevante de Ordejón fue la primera traducción al español del *Tom Jones* o el *expósito*, de Henry Fielding, a partir del texto francés de Pierre Antoine de La Place, aparecida en cuatro volúmenes y con un prólogo suyo en la imprenta madrileña de Benito Cano en 1796. De la forma de traducir *Tom Jones* por parte de Ordejón se ocupa Philip Deacon en su artículo sobre la novela inglesa del siglo XVIII en España (135 y 136). Según Eterio Pajares Infante, "además de *Tom Jones* de H. Fielding, constan como versiones suyas *Victorina* o la joven desconocida de Jean-Claude Gorjy (Madrid, 1798), con reimpressiones en 1804, 1812 y 1837 y, del mismo autor, *La familia benéfica* o *Aventuras de Blanzé* referidas por el mismo (Madrid, 1798). También tradujo *Los cuadros de la penitencia* del obispo Antoine Godeau (Madrid, 1819, 2 vols.), con reedición en 1856. Otras traducciones no llegaron a publicarse: el *Tratado sobre el modo de criar sanos los niños*, de J. P. Frank (1803) y el libreto de la ópera cómica *El Jockey* o *Cazadorcito de moda* de François-Benoît Hoffman, con música de Pierre Solié (1802)". Biblioteca de Traducciones Españolas. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Sin embargo, sus principales interlocutores en Huelva no fueron Buscaróns o Cerón, y quizás tampoco fue Trianes, que se debía a su canongía de la catedral gaditana. En carta de Vargas a Diego Clemencín, firmada en Cádiz en abril de 1817 y también reproducida por Fernández Duro, se alude a un colega de investigaciones residente en Huelva, que realiza sus pesquisas en los archivos locales onubenses y al que gráficamente llama su "encargado de negocios literarios en Huelva":

Mi Diego: Allá va hasta la confidencial de mi encargado de negocios literarios en Huelva. Queda en continuar su pesquisa, aunque la juzga inútil. Yo le animo con que si consigue encontrar el Fuero Real municipal de aquella villa, cuente con el título de Académico correspondiente que desea y merece. Es natural que Vm. le conozca. Es un excelente mozo que, muerto Clavijo, continuó la traducción de Bufón; ojo al amigo lector. (264)

Este corresponsal de Vargas en Huelva fue el abogado sevillano Ignacio de Ordejón, "excelente mozo", traductor del francés¹⁴, que compartió con él su interés por las averiguaciones históricas y sus gustos literarios¹⁵, además de la misma inclinación política liberal¹⁶. Quizás se conocieron en las tertulias de la marquesa de Villafranca, María Tomasa Palafox, pues Vargas las frecuentaba (Guillén 10) y Ordejón era el administrador de la casa (Téllez y Alonso 89), aunque éste trasladó su residencia a Huelva para desempeñar lo que él llama algunos "cargos en la sociedad"¹⁷. En una carta firmada en Huelva a 8 de junio de 1816, hoy en el Archivo del Real Jardín Botánico de Madrid, decía al bibliotecario Simón de Rojas Clemente que "la Providencia me trajo a este bendito rincón donde he podido lidiar a la suerte en todas circunstancias y donde me hallo con alguna comodidad y tranquilidad"¹⁸. Quizás, cuando escribía esta carta, se hallaba con Vargas Ponce, que diez días antes firmaba en Huelva el *Elogio a Escaño*. En cualquier caso, Ordejón y Vargas mantuvieron amistad y correspondencia, y de ambas cosas se dispone de referencias y muestras. En la Academia de la Historia se conserva, por ejemplo, una carta de Ordejón a Vargas pidiéndole una recomendación para un sobrino suyo ante el también académico Fernando de la Serna, datable entre 1817 y 1821:

Compañero y amigo:

Dejando para ocasión más desahogada desocupar el buche lleno de cosas, se limita ésta a suplicar a V. se sirva remitirme una carta de recomendación para el señor D. Fernando de la Serna como a usted le parezca y en favor de mi sobrino, de quien mi mujer le ha hablado a V. otras veces. La espero y no digo más, porque está obstruidísimo en extremo su siempre amigo afectísimo, Ignacio de Ordejón.

La nota adjunta es la razón del empeño. (Abascal y Cebrián, José Vargas Ponce 503 y 504)

La mención a la mujer de Ordejón y a sus varias conversaciones en torno a su sobrino, además de la confianza que de la carta emana, nos hacen pensar en la posibilidad de que el gaditano se alojara en su casa y no en el palacio de Trianes. En todo caso, arrimado a Vargas, el "título de Académico correspondiente que desea y merece" lo consiguió poco después de las estancias de éste en Huelva en 1815 y 1816, pues en las Memorias de la Real Academia de la Historia consta que Ignacio de Ordejón ingresó como académico correspondiente el 16 de mayo de 1817. Por cierto, que Antonio Manuel Trianes ingresaría 42 días después, el 27 de junio, pudiéndose ver cómo José de Vargas Ponce incorporaba a sus amigos y correligionarios políticos a la Academia ejerciendo su ascendiente sobre la corporación (VI, XCIII). En carta de Vargas a Clemencín, fechada en Cádiz a 17 de junio de 1717, aquél refiere cómo "a los 14 días de escrita llegó a mi mano la carta de Ordejón que incluyo, dando gracias a la Academia, y otro sí, la confidencial a mí que remito también, para que, enterado nuestro Marina de ella cum prole regia, populo sibe comisso me la devuelva Vm." (Fernández 269). Desde entonces, Ignacio de Ordejón mantendría activa correspondencia desde Huelva con la Academia de la Historia, y ya el año de su ingreso se incluyó en las Memorias lo siguiente:

El Sr. D. Ignacio Ordejón ha remitido copias de dos escrituras de los Sres. Reyes de Castilla D. Alonso el X y D. Alonso el XI, sacadas del archivo de la ciudad de Niebla: en esta última se señalan los términos de la ciudad y es mui notable para la geografía de aquellos tiempos: la otra es el privilegio rodado en que el Rei Sabio autorizó el fuero de Niebla para el gobierno del pueblo y de sus aldeas. (VI, XXX)

Ordejón examinaba en 1817 el archivo de Niebla por encargo del propio Vargas, que por entonces se había sumado a la búsqueda que, por real orden, la Academia de la Historia hacía en toda España de códices del Fuero Real de Alfonso X, para la compilación y edición contrastada de la obra del Rey Sabio. De este proyecto de estudio y recuperación de los códices del fuero alfonsino ha escrito largamente Jesús Vallejo, que trae a colación la noticia de que Vargas Ponce comunicó en marzo de 1817 a la Academia no haber encontrado ningún ejemplar ni en Sevilla ni en Niebla, "localidad esta última de donde llegan noticias en junio sobre el estado 'lastimoso' de su archivo" (454). Estas noticias procedían, naturalmente, de Ordejón, pues acabamos de ver que en abril de ese año escribía Vargas respecto a él que "queda en continuar su pesquisa, aunque la juzga inútil. Yo le animo con que si consigue encontrar el Fuero Real municipal de aquella villa, cuente con el título de Académico correspondiente".

La principal aportación de Ignacio de Ordejón a la Academia de la Historia, sin embargo, fue la redacción y lectura de un Discurso sobre un pedestal antiguo romano que se conserva en la villa de Trigueros, provincia de Sevilla, firmado en Madrid el 3 de diciembre de 1819 y que trataba del conocido como "puteal de Trigueros", del que había realizado un dibujo

15

De hecho, el nombre de Ignacio de Ordejón aparece entre los suscriptores de los ocho tomos de la segunda edición comentada y corregida de El Quijote preparada por el bibliotecario real y académico de la Historia Juan Antonio Pellicer y que apareció en 1799 en la Imprenta madrileña de Gabriel de Sancho.

16

En 1821 sería comisionado por el Ayuntamiento Constitucional de Huelva, por su ciencia y habilidad literaria, para escribir la documentada Exposición que el Ayuntamiento de la Villa de Huelva hace al Congreso Nacional, reunido en Cortes Extraordinarias, dando gracias por haberla elegido para la capital de la nueva provincia de su nombre; y manifestando topográficamente lo acertada y justa que ha sido esta resolución. Este discurso, firmado en Huelva el 10 de diciembre de ese año e impreso en Madrid, lo ha reproducido Gozávez Escobar en su libro sobre la formación de la provincia de Huelva (59-72) y en él Ordejón alaba sin vacilaciones al Congreso Soberano de la Nación y pide que "llegue Huelva a ser nombrada con elogio en todas las naciones por su riqueza, por su prosperidad, y sobre todo por sus virtudes cívicas y por su amor constante a la Constitución, y nuevo sistema que la dio el ser" (61).

17

Ese traslado a Huelva fue anterior a 1811, pues ese año ya consta Ignacio de Ordejón entre los miembros de la Junta de Subsistencia creada por el Ayuntamiento de Huelva para auxiliarse en materias de hacienda, formada por los vecinos "más condecorados y pudientes" (Vega 459). Al año siguiente firma como miembro de dicha Junta en el acta capitular en el que se manda convocar a los vecinos de Huelva para la celebración de la Constitución de Cádiz (González Cruz, De la Revolución Francesa 107).

Carta de Ignacio de Ordejón a Simón de Rojas Clemente, firmada en Huelva a 8 de junio de 1816. Archivo del Real Jardín Botánico de Madrid, Jardín, div. I, leg. 58, carp. 2, doc. 17.)

bastante pulcro. Discurso y dibujo se conservan actualmente, aludiendo el autor en su escrito a que “el estudio de las antigüedades habría sido mi ocupación primera si las atenciones indispensables de mi carrera y cuidados anejos a mis cargos en la sociedad me hubiesen concedido desahago suficiente” (3). No pudo encontrar Vargas Ponce en Huelva más firme apoyo para sus investigaciones ni quien con más conocimiento le introdujera en la historia de la villa onubense, en los documentos de sus archivos, en sus personajes célebres o en las obras que, en el siglo anterior, habían abordado sus memorias y vestigios antiguos. Gusta leer lo que Ordejón decía acerca de su llegada a la villa onubense y su apasionada lectura de las obras de la historiografía ilustrada de Huelva:

La situación de la antigua Onuba movió al Doctor Don Antonio Jacobo el Barco a escribir una disertación erudita para probar que fue la que ocupa hoy la Villa de Huelva, su patria, en la confluencia de los ríos Tinto y Odiel, cerca de su desembocadura en el Océano, contradiciendo la opinión del licenciado Rodrigo Caro, que se empeñó en ser la que hoy tiene la Villa de Gibraleón. El licenciado Don Juan Agustín de Mora Negro y Garrocho pretendió lo mismo que el Doctor Barco, en su Huelva ilustrada, pero Don Miguel Ignacio Pérez Quintero, en su Beturia vindicada, siguió la opinión de Caro; y todos por amor de la Patria, o por el de la verdad, trabajaron con tesón amontonando autoridades y monumentos antiguos. (...) Quando por mi casual traslación de residencia a Huelva leí ansioso todas estas memorias y creí encontrarme en la antigua Beturia, país de los celtas, nada me dio tanta curiosidad como ver por mis ojos las villas de Gibraleón y Trigueros, y el campo que las circunda y une con Huelva, el cual contemplé como un teatro de guerras sangrientas y de sucesos atroces, sembrado todavía de mosaicos, columnas, sepulcros, medallas y otros vestigios que manifiestan su antiquísima y numerosa población. (8-10)

Nada mejor que el conocimiento que entonces atesoraba Ignacio de Ordejón para que Vargas Ponce pudiera plantear sus tres biografías de autores onubenses y, especialmente, su Discurso histórico-geográfico de la villa de Huelva, que sin duda hubo de abundar en las mismas cuestiones que Antonio Jacobo del Barco, Juan Agustín de Mora y Miguel Ignacio Pérez Quintero habían tratado ya entre 1755 y 1794. No parece que Ordejón se sintiera especialmente atraído, como Vargas, por los sucesos colombinos y del Descubrimiento de América, sino que, siguiendo los pasos de los historiadores locales del siglo XVIII, estaba mucho más interesado en la antigüedad romana y en la documentación generada por los reyes cristianos medievales. Eso fue lo que normalmente trasladó a la Academia de la Historia en su correspondencia e intervenciones en persona, pues consta por Maier Allende que, estando en Madrid, asistió a algunas de las sesiones académicas en 1819 y 1820 (168). El día que acudió a la Academia a leer su discurso sobre el puteal romano regaló una moneda de Maximino al monetario de la institución y en las Memorias se alude a que en el año académico 1818-1819, “el Sr. D. Ignacio de Ordejón, continuando las pruebas del celo que tiene ya manifestado en otras ocasiones, presentó tres códices originales: el cuaderno de las Cortes de Valladolid celebradas por el Rei de Castilla D. Alonso el XI en diciembre de la era 1363, el de las Cortes tenidas por el mismo Rei en Madrid corriendo el mes de agosto de la era 1367, y las ordenanzas hechas por el Rei D. Pedro el Cruel en las Cortes de Valladolid de la era 1389” (VI, LX).

José de Vargas Ponce valoraba mucho la corresponsalía de Ignacio de Ordejón desde Huelva. En general, todo el mundo científico ilustrado se sostuvo sobre un tupido entramado de corresponsalías, que informaban por carta desde todos los ámbitos locales de cualquier novedad digna de mención que se daba en los ámbitos de la documentación, la epigrafía, la zoología, la botánica, la mineralogía, etc. Esa red de informantes mantenía actualizados a individuos y corporaciones a cambio normalmente de recibir impresos de actualidad científica o literaria, a los que de otra manera no podían acceder, y eventualmente de ser receptores de dignidades y puestos académicos. El propio Ordejón, por ejemplo, no era sólo corresponsal de Vargas Ponce, sino que hacia 1816 también era informante de Mariano Lagasca y Segura y de Simón de Rojas Clemente, entonces director y bibliotecario respectivamente del Jardín Botánico de Madrid¹⁹. Interesado por los minerales y por las plantas, además de por la historia, el 8 de junio de 1816 escribía a Clemente desde Huelva:

En punto a minerales y piedras, me parece que encontraría vuesa merced cosas muy nuevas: todas estas sierras del Andévalo están llenas de minas abiertas y trabajadas en lo antiguo: se encuentran abundantísimas escorias, riquísimas almagras y restos de antigüedad muy preciosos. (...) Hay peñas de una pieza, tan grandes como el museo, de esa clase de pórfido o jaspe que aquí han denominado en otros tiempos Diaipreso Sanguíneo, que por estar en suelo del estado de Niebla se ha reputado por minas propias de S.C. En cuanto a botánica me parece esto exausto para los observadores y siento no desengañarme en este punto con el juicio de mi amigo D. Pablo La Llave, que había hecho ánimo de hacer por aquí un viage botánico, y creo no lo ha podido verificar²⁰.

No eran sólo, por tanto, los viajes históricos o literarios como los de Vargas Ponce o Pérez Bayer los que se acercaban a estas tierras, sino también los viajes botánicos. Pablo de La Llave, clérigo mexicano liberal y amigo de Ignacio de Ordejón, con el que éste también debió de mantener activa correspondencia desde Huelva, fue director del Museo de Ciencias Naturales de Madrid durante el período bonapartista y, tras la independencia de México, fue ministro en el gobierno imperial de Iturbide y en la república. La carta de Ordejón a Clemente incluye una alusión a los impresos que éste le remitía a Huelva y que lo salvaban del relativo aislamiento que presentaba la villa onubense en esas materias. El bibliotecario del Jardín Botánico también enviaba impresos a otro corresponsal que tenía en el entorno, en este caso en Moguer: el vicario eclesiástico Manuel José Mioño, informante de aquellas novedades o hallazgos científicos que tenían lugar en su comarca. En carta firmada en Moguer el 19 de mayo de 1816, Mioño le decía a Simón de Rojas Clemente que "a su debido tiempo recibí los 4 impresos, que he repartido en esta ciudad y fuera de ella", y, en cuanto a minerales, le ofrecía "la colección de piexas arrinconadas en esta su casa":

Ya sabe usted de los museos que me regaló; éstos y otros también de usted que se guardaban en Cádiz en casa de nuestro amigo Don Francisco Torizes los recogí y conserbo; si acaso hacen falta, desde luego dispondrá de ellos. (...) Espero se sirva

19

En el proyecto del herbario De Ceres Hispanica, colección de variedades de cereal presentes en la geografía española recopilada por Lagasca y Clemente, hay alguna semilla que consta haber sido proporcionada por Ordejón. Téllez y Alonso, que la han publicado, afirman que Ignacio de Ordejón era "corresponsal de ambos botánicos para la recolección de trigos y cereales en general" y que "su afición por estos temas botánico-agrícolas le hizo participar con entusiasmo en tales tareas" (89).

20

Carta de Ignacio de Ordejón a Simón de Rojas Clemente, firmada en Huelva a 8 de junio de 1816. Archivo del Real Jardín Botánico de Madrid, Jardín, div. I, leg. 58, carp. 2, doc. 17.

21

Carta de Manuel José Mioño a Simón de Rojas Clemente, firmada en Moguer a 19 de mayo de 1816. Archivo del Real Jardín Botánico de Madrid, Jardín, div. I, leg. 58, carp. 2, doc. 10.

22

Visita pastoral a la parroquia de Moguer, realizada entre el 21 de enero y el 10 de febrero de 1818. Archivo Arzobispal de Sevilla, Gobierno, Visitas pastorales, leg. 5.240.

23

Carta de Manuel José Mioño a Simón de Rojas Clemente, firmada en Moguer a 19 de mayo de 1816. Archivo del Real Jardín Botánico de Madrid, Jardín, div. I, leg. 58, carp. 2, doc. 10.

usted estar a la vista para lo que aparesca de Historia natural, variedad de conchas, minerales, petrificaciones, etc., etc²¹.

Es muy probable que José de Vargas Ponce trabara conocimiento con Mioño en su estancia en Moguer en 1815, pues, además de ser el vicario y responsable del archivo parroquial, debía de ser también un referente claro de la curiosidad intelectual en la localidad. En 1794 había un “Manuel Mioño, Presbítero”, en la lista de suscriptores de La Beturia vindicada de Pérez Quintero, en la que también habíamos hallado a Benito Buscaróns (122). Según los datos obrantes en el Archivo Arzobispal de Sevilla, Manuel José Mioño era vicario de Moguer desde el 8 de enero de 1801 y en la visita pastoral que se hizo a la parroquia en 1818 se hizo constar que era de edad de 65 años, que había estudiado moral y que era “de buenas costumbres, juicioso y prudente”²². Cuando Vargas estuvo en Moguer, Mioño tenía, pues, 62 años, aunque él mismo diría al año siguiente que, “a causa de mi edad avanzada y virtuales achaques”, se hallaba “poseído de una como hidropesía”²³. Huelga abundar más en ello, pues lo cierto es que no sabemos si Vargas y Mioño se trataron en Moguer, aunque, como decimos, la idea no parece estar desencaminada.

De vuelta Vargas a Sevilla, a pesar de que su destierro lejos de la corte (hasta su rehabilitación en el Trienio Liberal) le dio reposo para la continuación de sus estudios y trabajos, la Historia de la Marina y, en concreto, la Vida de Colón no llegaron nunca a ver la luz como tales. A su muerte en Madrid, en 1821, sus papeles fueron repartidos entre los archivos navales y la Academia de la Historia, labor en la que Martín Fernández de Navarrete, amigo y compañero en sus antiguos proyectos, cumplió un papel determinante respecto a la clasificación y ordenación de sus fondos. Navarrete, al que Durán López llama “el continuador y mejor artífice de la obra de Vargas”, fue quien con mayor empeño compartió el interés del gaditano por la historia naval de España y quien en lo sucesivo llevó adelante el propósito de realizar la Historia de la Marina, aunque es cierto que en algún momento pareció querer desdibujar la iniciativa de Vargas a favor de su propio protagonismo, ya fuera por vanidad personal, ya fuera por no invocar demasiado la figura de alguien políticamente tan significado contra el régimen absolutista de Fernando VII. Con todo, Fernando Durán afirma sin ambages:

El riojano y el andaluz tienen una trayectoria sumamente parecida, compartieron numerosos proyectos comunes y se sentían llamados por idénticas inquietudes intelectuales; a la muerte de Vargas, Navarrete fue su primer biógrafo y el encargado de organizar su legado erudito, así como de continuar, personalmente o dirigiendo el trabajo de otros, algunos de los proyectos que con el tiempo el gaditano fue dejando inacabados: el diccionario marítimo, la biografía de Colón, la colección de viajes españoles,... (...) A la vuelta de bastantes años, pudo culminar algunas de las secciones que se le habían adjudicado, en concreto la crónica documentada de los viajes marítimos españoles; también ejecutó un monumental diccionario de escritores navales de España (la Biblioteca marítima española). No obstante, Navarrete tampoco escapó a la desgracia colectiva que parece haber conspirado contra los proyectos culturales de la Ilustración en nuestro país: no fue capaz de publicar entera su Colección de viajes y, respecto a la Biblioteca, el tomo III (adiciones, apéndices e índices) tuvo que malbaratarse sin encua-

denar, estando ya los pliegos impresos. En todo caso, la obra de Navarrete, junto con lo que pudo llegar a terminar Vargas, constituye el resultado más palpable de aquella iniciativa tomada por el escritor gaditano en 1789. (Durán 68 y 69)

Esta Colección de viajes aquí mencionada, titulada realmente Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, con varios documentos inéditos concernientes a la historia de la marina castellana y de los establecimientos españoles en Indias, y que Navarrete publicaría en cinco tomos entre 1825 y 1837, era la materialización de aquel proyecto que Vargas Ponce presentó al Rey en 1789 y que incluía la "colección de nuestros viajes marítimos", aunque en su mayor parte terminaron saliendo a la luz como repertorios documentales sin elaborar. Aun así, ya en el primer tomo era visible que el nombre de Vargas se ocultaba, pues sólo se mencionó para decir que, "antes de encargárenos esta comisión, había presentado el teniente de navío D. Josef de Vargas y Ponce, un plan para escribir la historia general de la marina española, vasto y complicadísimo", de resultas de lo cual se le atribuiría al propio Navarrete -dice él- "la coordinación y publicación de nuestros antiguos viajes". En la dedicatoria al Rey, además, hacía constar su agradecimiento "por aprobar el plan que yo habría propuesto para su publicación y honrarme con su Soberana confianza para ejecutarlo" (I, VIII y LXII), haciendo retumbar ese "yo" de forma sonora.

LA UNIVERSALIZACIÓN LITERARIA DE LA RÁBIDA. EL VIAJE ROMÁNTICO Y FILIAL DE WASHINGTON IRVING.

Los dos primeros tomos de la Colección de viajes de Martín Fernández de Navarrete, que aparecieron en 1825 y que albergaban el diario de Colón y otros documentos colombinos, constituyeron el hilo conductor destinado a enlazar el trabajo de Vargas con la obra posterior de Washington Irving y el punto de partida que acabaría haciendo que, en 1828, el periodista estadounidense realizara el mismo viaje a los lugares colombinos que en 1815 había hecho el ilustrado gaditano. De hecho, fue precisamente con el cometido de traducir al inglés los volúmenes de Navarrete para lo que Washington Irving llegó a España por primera vez en febrero de 1826. Él mismo lo cuenta detalladamente en su Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón:

Hallándome en Burdeos el invierno de 1825 a 1826, recibí una carta de Mr. Alejandro Everett, Ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en Madrid, dándome noticia de estar en prensa cierta obra redactada por don Martín Fernández de Navarrete, Secretario de la Academia Real de la Historia, etc., etc.; la cual contenía una colección de documentos relativos a los viages de Colón, y entre ellos muchos de grande importancia, recientemente descubiertos. Mr. Everett al mismo tiempo espresaba su sentir, de que la versión de aquella obra al inglés por un americano sería muy de desear. Concurrí con él en su opinión, y habiendo pensado hacía ya tiempo visitar a Madrid, me puse poco después en camino para aquella capital, con el designio de emprender en ella la traducción de la obra.

A poco de mi llegada apareció la publicación del señor de Navarrete. Contenía ésta muchos documentos hasta entonces desconocidos, que ilustraban los descubrimientos del Nuevo-Mundo y hacían grande honra a la aplicación y actividad de su sabio editor. La totalidad, empero, de la obra antes presentaba un tesoro de ricos materiales

24

Los textos de *Life and Voyages of Christopher Columbus* de Washington Irving (1828) están citados con arreglo a la traducción española de José García de Villalta, aparecida en 1833 en la imprenta madrileña de José Palacios como *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón*.

para la historia, que la historia misma. Y aunque semejantes acopios son inapreciables para el laborioso literato, la vista de papeles inconexos y documentos oficiales suele no agradar a la pluralidad de los lectores, que prefieren siempre narrativas claras y eslabonadas. Esta circunstancia me hizo vacilar en la propuesta empresa; pero era el asunto tan interesante, y para mí tan patriótico, que no me podía determinar a abandonarlo. (19-21)²⁴

Cabe señalar que el embajador Alexander E. Everett, según dice Irving, conocía la obra de Navarrete aun antes de que los dos primeros tomos salieran de imprenta y que éstos, a pesar de que llevan el año de 1825 como el de edición, no aparecerían realmente hasta febrero o marzo del año siguiente, pues Washington Irving llegó a Madrid en febrero de 1826 y parece que los volúmenes terminaron de publicarse poco después. En cualquier caso, era evidente que el estadounidense, que había estudiado español para acercarse a la literatura hispana, de la que estaba francamente interesado según muestran sus diarios de 1824 y 1825, no encontró nada sugestiva la traducción de unos tomos llenos de transcripciones de documentos escritos en un lenguaje ya arcaico, y que no encontrarían una buena acogida entre un público lector medio, y sustituyó la idea inicial por la redacción de la pendiente *Vida de Colón*, a la que ni José de Vargas Ponce ni Martín Fernández de Navarrete habían terminado de dar forma. De esa manera, como sigue diciendo Irving, “una historia fielmente compuesta de estos materiales llenaría un vacío en la literatura y sería para mí ocupación más satisfactoria, y para mi patria más útil que la traducción que antes me había propuesto hacer” (21).

Y así nació el proyecto de Washington Irving de escribir la biografía de Cristóbal Colón, pilar básico en la puesta de moda del personaje en el transcurso del siglo XIX. Con pulso de investigador paciente en archivos y bibliotecas, pero sin olvidar su temperamento de periodista, el estadounidense fue componiendo su libro a partir de los fondos que fueron inmediatamente puestos a su disposición:

Me animó además a emprender semejante obra la mucha facilidad que para ello tuve en Madrid. Residía yo en casa del Cónsul americano el caballero O. Rich, uno de los más infatigables bibliógrafos de Europa, que por muchos años se había ocupado en la investigación de documentos relativos a la historia primitiva de América. En su estensa y curiosa biblioteca encontré una de las mejores colecciones que hoy existen de la historia colonial de España, e infinidad de documentos, que en vano hubiera buscado en otra parte. Puso su dueño a mi absoluta disposición la biblioteca, con una franqueza y liberalidad que rara vez se encuentra entre los poseedores de obras tan raras y apreciables. Allí encontré los principales recursos de que me he valido en la totalidad de mi trabajo.

También me serví de las riquezas de la biblioteca real de Madrid, y de las que encierra la del colegio de jesuitas de San Isidro: dos nobles y amplias colecciones, abiertas siempre al público, y dirigidas con el mayor orden y liberalidad. Me favoreció con su ayuda don Martín Fernández de Navarrete, comunicándome noticias de alto interés descubiertas por él mismo en sus dilatados trabajos; ni puedo menos de testificar aquí mi admiración del ardiente celo de aquel hombre amable, que uno de los últimos veteranos de la literatura española, y ya casi solo, continúa con vigor incansable sus tareas en un país donde tienen hoy los esfuerzos literarios tan poco estímulo y recompensa.

Debo también expresar mi gratitud por la liberalidad del duque de Veraguas, descendiente y representante de Colón, que sometió a mi inspección los archivos de su familia, tomando personal interés en hacerme ver los tesoros que contenían. Ni puedo omitir las muchas atenciones que he recibido de mi excelente amigo don Antonio de Ujina, Tesorero del Serenísimo Señor Infante don Francisco, caballero de erudición y talentos, y muy versado en la historia de España y de sus dependencias. A sus incansables investigaciones debe el mundo muchos de los conocimientos exactos que últimamente ha recibido sobre varios puntos de la primitiva historia colonial. Posee el señor de Ujina los más de los papeles de su difunto amigo, el historiador Muñoz, los cuales me presentó, así como otros varios documentos, con una urbanidad y franqueza, que aumentó mucho, y aligeró la obligación al mismo tiempo. (21-24)

25

Así lo decía el propio Juan Bautista Muñoz por carta al obispo de Beja, Frei Manuel do Cenáculo, el 5 de febrero de 1785 (Barajas 539).

Es particularmente destacable el conocimiento trabado entre Washington Irving y el propio Martín Fernández de Navarrete, así como el ofrecimiento por parte de éste de muchos de sus hallazgos documentales. También lo es, desde luego, la consulta de los papeles del "historiador Muñoz", que sin duda alguna era Juan Bautista Muñoz, cosmógrafo mayor de Indias y organizador del Archivo de Indias de Sevilla, que emprendió la tarea de "escribir la Historia de América en vista de quantos documentos puedan hallarse"²⁵ y a quien aludió Vargas Ponce cuando vimos que afirmaba, en 1804, que su biografía de Colón debía ser "un extracto de cuanto dejó impreso y manuscrito nuestro Muñoz". Estaba claro que el camino trazado entre los trabajos de Vargas Ponce y Fernández de Navarrete y el de Washington Irving era directo y notorio y que todos los esfuerzos convergían. Irving, como periodista, fue en cualquier caso mucho más resolutivo que Vargas y Navarrete y en poco más de un año culminó su biografía. En 1827, estando en Madrid, firmó la introducción de su obra y en 1828, en doble edición de G. & C. Carvill de Nueva York y de John Murray de Londres, publicó *Life and Voyages of Christopher Columbus*, biografía romántica que popularizó primero en inglés –y más tarde en casi todas las lenguas occidentales- la figura del descubridor de América. Navarrete se haría eco enseguida de la publicación en inglés, pues en el tomo III de su Colección de viajes, aparecido en 1829, aludiría a "la Historia de la vida y de los viages de Cristóbal Colón que ha publicado con una aceptación tan general como bien merecida", deshaciéndose en elogios por mostrar en ella "la más sana crítica, la erudición y el buen gusto", aunque haciendo constar que Irving había tenido "siempre a mano los auténticos documentos que acabábamos de publicar" y exhortando a que "rectifique el señor Washington algunas noticias u opiniones, que tomadas de fuentes menos puras carecen aún de aquella certidumbre y puntualidad que se requiere" (III, XIII y XIV).

Por la curiosidad que sin duda le despertó la redacción de la obra y por su deseo de continuar la labor con la elaboración de otro libro dedicado a los compañeros de Colón y otros descubridores, entre ellos Vicente Yáñez Pinzón y Pedro Alonso Niño, pronto albergó la idea de hacer un viaje de visita y consulta a aquellos lugares desde donde se gestó la aventura del Descubrimiento. De momento, el primero de marzo de 1828 salió de Madrid para conocer el sur de España, instalándose en Sevilla después de recorrer durante más de un mes las ciudades de Andalucía y asomarse al estrecho de Gibraltar. Llegado a Sevilla en el vapor "Betis" la tarde del 14 de abril de 1828 (Peña Cámara 124), e integrado en su red de sociabilidades inglesas e irlandesas, compuesta principalmente por algunas familias de comerciantes, pintores e intelectuales, trabajó en la segunda edición del libro, completada con algunas informaciones extraídas de la Biblioteca Colombina y del Archivo de Indias (Garnica 16-20). Fue ya en agosto, en el peor momento para recorrer Andalucía, cuando

26

Para citar los textos de "A visit to Palos" y los del diario que fue llevando Irving en su viaje utilizamos la traducción de Antonio Garnica publicada en Washington Irving en los lugares colombinos (2001), sin duda la más fiel a las versiones en inglés, pese a que introduce en el relato una división en días que no corresponde al original y comete un error de colocación de párrafo, pues el cuarto (210) debe colocarse en sexto lugar. Todas las menciones a páginas en citas de ambos textos van referidas a esta edición. Existen otras traducciones, pero presentan graves deficiencias. La traducción de Fernández Cuesta de 1854, que es la primera, opta por recortar frases para reducir el texto. La edición bilingüe de Myro y Hildebrandt de 1985 es mucho más incorrecta aún: aunque pretende diferenciarlos tipográficamente, mezcla el relato y el diario (además de párrafos de otras procedencias) en un único texto, para lo cual mutila y desordena frases originales y añade otras que no son de Irving, en busca de una hilazón artificial. También introduce una división en días. El resultado es una narración híbrida, confusa y nada fiel al original, tanto en inglés como en español. Con los mismos defectos y alguno más (ya no hay diferencia tipográfica entre los textos), Enrique Myro y Alejandro Solbes han vuelto a publicar en 2012 la misma versión bilingüe, con leves variaciones.

27

El precio del alquiler de la calea aparece en el diario en dos ocasiones. En ambas, el original inglés sólo utiliza la expresión abreviada "15 s". Incomprendiblemente, Myro y Hildebrandt hacen decir a Irving "fifteen dollars" y luego traducen al español por "quince duros". Garnica lo traduce en la primera ocasión por "quince chelines" y en la segunda por "quince dólares".

Washington Irving decidió viajar a Moguer, Palos y La Rábida para cumplir una especie de deber de historiador, de periodista y de americano. La gestación de la idea de ese viaje la cuenta él mismo al inicio del relato que escribiría luego:

Durante mucho tiempo había soñado con esta excursión como si se tratara de un piadoso deber, e incluso de un deber filial, que como americano tenía que cumplir, y esta intención mía se hizo más apremiante cuando me enteré de que muchos de los edificios que menciono en mi Historia de Colón todavía permanecen casi en el mismo estado en que se encontraban cuando Colón estuvo en Palos, y que los descendientes de los antiguos Pinzones, que lo ayudaron con barcos y dinero y lo acompañaron en el admirable viaje del Descubrimiento, todavía florecen en aquellos lugares. (210)²⁶

No sabemos si Irving conocía los detalles y resultados del periplo en burra que había hecho Vargas Ponce trece años antes, aunque Martín Fernández de Navarrete le pudo decir algo, toda vez que Vargas le había informado en su día por carta de los pormenores de la gira. Por lo que dice acerca de los edificios y de la permanencia en la zona de la familia Pinzón, se ve que estaba medianamente informado. Aunque Navarrete pudiera haberle comentado la decrepitud de muchos de los emplazamientos, el relativo olvido de los hechos colombinos entre los naturales de aquellos pueblos y la inexistencia en sus archivos de documentación relevante en torno a las materias que le interesaban, parece que la curiosidad y el "deber piadoso y filial" del periodista estaban dispuestos a sobreponerse a todo. Para hacer el viaje, Irving alquiló²⁷ una calea, carruaje de dos ruedas, "profusamente decorada con remates y adornos de bronce" y tirada por un caballo de cuya cabeza caían "unas redecillas de estambre con borlas o madroños en rojo y amarillo". El calesero, aunque taciturno, no era menos pinturero, pues el estadounidense lo describe como "un andaluz alto, con largas piernas, y llevaba una chaquetilla corta, un pequeño sombrero redondo, calzones adornados con botones que iban desde la cintura a la rodilla, y calzaba un par de polainas de cuero color bermejo". La estampa, para un escritor como Irving, no podía ser más romántica, y ello probablemente tiñó de tipismo el viaje desde el principio, pues el periodista permaneció en todo momento pendiente de los detalles costumbristas de la ruta, con alusión incluida a "un contrabandista abrazado a su trabuco" que se encontró en cierto momento durmiendo a su lado (211). A lo largo de todo el recorrido, el viajero describió con gusto, cuando eran típicas, las indumentarias de quienes iba encontrando, como el caso de Rafael Hernández-Pinzón, que "venía bien montado en un caballo tordo y vestía a la andaluza con chaquetilla corta y pequeño sombrero redondo", o el del "joven caballero español" que llegó sobre un caballo ruano a la posada en que se alojaba en Moguer "con un ancho sombrero blanco, con una ancha cinta de raso y escarapela. Chaquetilla ligera. Calzones de montar con botones de vivos colores, botas de cuero, etc." (225 y 235).

Como se aprecia bien en las anteriores frases, las impresiones rápidas del viaje –y un bosquejo de dibujo de la puerta del convento de La Rábida– las iría apuntando en un diario de notas sueltas y algo deslabazadas cuyo texto publicó en 1926 Clara Louisa Penney²⁸ y que al cabo de un mes servirían de base a un relato en que daría forma literaria a estos hechos. Según comentaba Penney en las páginas introductorias de su transcripción, el diario “was written with ink or pencil (or both), with many words crossed out, with many changes, and with small regard for either punctuation or spelling” (XV). Diario y relato, confrontados, se complementan en lo general, aunque no dejan de apreciarse algunas disonancias, que mostrarían la elaboración literaria que el escritor quiso darle a lo vivido, y que alguna vez pudo hacer que se forzase la realidad con el reforzamiento –bordeando lo ficticio– de los pasajes más castizos. En alguna ocasión puede entrar la duda de si cierta circunstancia es o no una invención para dotar a la narración de elementos atractivos para un lector que busque en el texto un mundo típico más o menos completo y autorreferencial. El recién mencionado contrabandista durmiendo junto a su trabuco no aparece en el diario, lo cual es extraño dado que ese día apuntó detalles nimios y mucho menos pintorescos. Con todo, por los detalles que Diego Roperero-Regidor ha mostrado en torno a los personajes, lugares y circunstancias del viaje, no cabe duda de que el conjunto de lo narrado por Irving –al fin y al cabo, un periodista– es, mayoritariamente, de una extraordinaria fidelidad a lo real.

El viaje lo inició el lunes 11 de agosto y, a causa del calor de la estación²⁹, por lo general hizo los recorridos principales por la mañana o ya avanzada la tarde (tres y media o cuatro en adelante), parando a comer, descansar y dormir en las ventas y posadas del camino y dejando en ellas “que pasaran las sofocantes horas del mediodía” (213), que, dicho sea de paso, también eran las preferidas de los asaltantes ante la soledad de los caminos al tiempo de la siesta. Aunque Irving se quejó de la incomodidad de las posadas españolas, y en especial las de esta zona (como haría poco después Richard Ford), suele apreciarse en su relato un gusto por lo pintoresco de la vida rústica, una recreada imitación de la vida de los pueblos, y no puede dejarse de apreciar cierta aprobación cuando se lee en su diario estas pinceladas sueltas de la realidad cotidiana del campo andaluz: “por la noche oigo los rebaños pasar, las esquilas de las ovejas, perros ladrando. Por la tarde, ya oscurecido, pasan arrieros” (212). El solo hecho de anotar estas impresiones auditivas, que en el entorno no tenían nada de particular, ya refleja cierta atención pictórica o novelesca. Lo mismo cabe decir del paisaje: pese a que describe los cultivos y deja reposar la mirada en las bandadas de pájaros que vuelan o en los pueblos con torres que aparecen en el horizonte, suele aludir a la extensa tierra que atraviesa como un conjunto de “vastas, silenciosas y melancólicas llanuras” (211), que tan poco tienen que decir a un escritor romántico más pronto a enaltecer los abruptos paisajes sentimentales que puso de moda Rousseau que a los monótonos campos españoles, los cuales, por lo demás, antes de las desamortizaciones que no tardarían en llegar, no debían de estar cultivados con especial celo e intensidad. Hay que tener en cuenta que, pocos meses antes, había contemplado los paisajes espectaculares de Granada y las sierras bravías de Málaga y Cádiz. En comparación casi obligada, Irving llama en su diario a las extensiones de la Tierra Llana onubense “campos tristes” y “poco atractivos a la vista” (216 y 217). “Triste distrito” las llamará Ford (193).

28

En el libro *Washington Irving Diary, Spain 1828-1829*, de Penney, las notas correspondientes al viaje a los lugares colombinos ocupan las páginas 48-59.

29

Como recuerda Garnica, el 5 de agosto Irving anota en su diario, estando en Sevilla: “Mucho calor. Termómetro a 94 grados”. Estos 94 grados Fahrenheit equivalen a 34,4 grados centígrados, no a los 36 que refiere Garnica, aunque bien justifican la alusión del estadounidense al “muchísimo calor” del día 11 de agosto. En cualquier caso, aunque el día 12 se sigue refiriendo a “las sofocantes horas del mediodía”, el tiempo refrescó durante el viaje a los lugares colombinos, pues la mañana día 13, entre Moguer y Palos, menciona en el relato una “suave brisa”, que al día siguiente en su diario se convierte en “fresca” (212, 213, 219 y 235).

30

Aunque el primer anuario del Observatorio de Madrid se publicó en 1860 con datos para 1861, la información horaria es válida para 1828. Cabe recordar que, en todos esos años, el horario legal coincidió con el horario astronómico que marcaba el meridiano de San Fernando, sobre el cual la posición cenital del sol determinaba las 12 del mediodía.

31

En el santoral del novus ordo, la festividad de Santa Clara se adelantaría al 11 de agosto, día en el que persiste.

32

En cuanto a las “mal pavimentadas calles del pueblo”, que hacían traquetear la calesa de Irving, Bernardo Espinalt y García escribía en 1795 en su Atlante español que las calles de Moguer eran “incómodas, por ser el piso arenoso” (187).

La primera jornada del viaje la inició por la tarde y a las nueve de la noche paró a dormir en una pobre y solitaria posada del camino, que no pudo ofrecerle cama ni comida, aunque el viajero –prevenido para la eventualidad- comió de un jamón que traía. Al día siguiente afirma que partió antes del amanecer, que, según las informaciones del Anuario del Observatorio de Madrid, ese día tuvo lugar a las cinco y siete minutos en la posición madrileña, seis minutos después en la que se encontraba Irving (23 y 35)³⁰. A las nueve y media o diez (por tanto, unas cuatro y media o cinco horas después), ya se encontraba en Villarrasa, donde compró huevos y uvas y pasó la hora de la siesta. Hacia las tres o cuatro de la tarde reemprendió el camino y, aunque pasó por Niebla, contra todo pronóstico sólo anotó en su diario que “tiene murallas y torres árabes” y que está “edificada en lo alto de una roca” (217). Posiblemente iba ya apresurado, pues llegó a Moguer “justo antes de la puesta del sol” (213), que se produjo a las siete y ocho minutos (Anuario 23 y 35). Era 12 de agosto y, en el santoral del vetus ordo, festividad de Santa Clara, celebración mayor en el principal convento de la ciudad, lo que debió de advertir esa misma noche al visitarlo³¹.

El destino de esa jornada era, efectivamente, Moguer, pues Irving esperaba que Juan Hernández-Pinzón, uno de los mayores hacendados del lugar y descendiente lejano de los compañeros de viaje de Colón, pudiera servirle de anfitrión en su visita a Palos y La Rábida. No en vano, como él mismo cuenta, la tarde anterior a la partida un hijo del mogueño, estudiante de Derecho en Sevilla, que Ropero-Regidor ha identificado como Ignacio, le había entregado una carta de presentación para su padre. La llegada a Moguer, al atardecer, está contada haciendo uso de un convincente –casi juanramoniano, valga la extemporaneidad- juego de sonoridades, pues la “calesa, al pasar traqueteando por las estrechas y mal pavimentadas calles del pueblo³², causó una gran sensación. Los niños gritaban y corrían a su lado asombrados de los espléndidos adornos de bronce y los madroños de vivos colores, y contemplando con reverencia al importante forastero que llegaba en tan espléndido carruaje” (213). A Irving le divierte la sorpresa que en estos paisajes olvidados provoca el paso de la calesa y en más de una ocasión refuerza la impresión con tono literario. También es atractiva la forma de contar su entrada en casa de Juan Hernández-Pinzón, situada en la calle Nueva como también recoge Ropero, y su acceso a los patios, donde la familia disfrutaba del fresco de la noche:

Pronto llegamos a la casa, un edificio de respetable apariencia que indicaba la holgada si no abundante situación económica de la familia. Según la costumbre de los pueblos españoles durante el verano, la puerta de la casa estaba abierta. Entramos con el saludo usual, o el aviso que se suele emplear en estas ocasiones: ¡Ave María! Nos contestó una joven criada andaluza y al preguntarle por el dueño de la casa nos condujo a través de un pequeño patio situado en el centro del edificio y refrescado por una fuente rodeada de macetas de flores, hasta otro patio trasero, también adornado con flores, donde don Juan Hernández-Pinzón y su familia disfrutaban del fresco de la serena noche cómodamente sentados. (214)

Este Juan Hernández-Pinzón Prieto de 72 años –“digno y respetable anciano, alto y más bien delgado, de tez clara y cabellos grises”, según lo describe Irving (214)- era enton-

ces el cabeza de familia de los Pinzón, como mayor de cinco hermanos, descendientes de Martín Alonso y Vicente Yáñez Pinzón, coprotagonistas del Descubrimiento de América. José Coll, en su libro *Colón y La Rábida*, y Ángel Ortega, en el tomo III de su obra *La Rábida. Historia documental crítica*, registran numerosos datos genealógicos de la familia Pinzón desde los descubridores hasta principios del siglo XIX (Coll 367-376 y Ortega 141-175). Sin embargo, a pesar de esta herencia inmaterial –y, en parte, material-, Juan Hernández-Pinzón “se sorprendió mucho de que yo hubiera venido –cuenta Irving- nada menos que a Moguer sólo para conocer el lugar donde se embarcó Colón, y todavía más al decirle yo que tenía interés especial en conocer la historia de su propia familia” (214), sorpresa que llamó la atención de Irving y le puso ya en antecedentes de que, de todos los que iba a encontrar en su camino, el más interesado en recuperar la memoria de lo que allí sucedió hacía casi tres siglos y medio era él mismo. Muy diferente resultó ser la actitud del hermano menor, Luis Hernández-Pinzón, que entró en la casa más tarde y que fue más alentador para las pesquisas colombinas del periodista estadounidense:

Aparentaba entre cincuenta o sesenta años, algo robusto de cuerpo, de tez clara, pelo gris y ademán franco y varonil. Era el único miembro de la actual generación que había seguido la antigua profesión de la familia, habiendo servido muy meritoriamente como oficial de la Marina, de la que se retiró al contraer matrimonio, hace unos veintidós años. También es el único que se muestra interesado por la grandeza histórica de la familia y dignamente orgulloso de ello guardando con cuidado el recuerdo de las hazañas y distinciones de sus antepasados. Me prestó un volumen manuscrito con las memorias y los documentos y distinciones de la familia. (215)

La tez clara y el pelo gris de Luis Hernández-Pinzón a los que alude el párrafo bien pueden apreciarse en el cuadro, en poder de sus descendientes, que lo muestra a la edad aproximada a la que conoció a Washington Irving, y que Roper-Regidor reproduce en su trabajo. De Irving también existe un cuadro, bien conocido, que lo representa precisamente en el año en que viajó a los lugares colombinos, y que su amigo David Wilkie le pintó en Sevilla. En cuanto al volumen de memorias y documentos que el moguerense le prestó, no era otro –según refiere igualmente Roper- que el Libro de Hidalguía que su padre, José Hernández-Pinzón, consiguió el 27 de mayo de 1777 como reconocimiento a los méritos de la familia. Este libro aún se conserva entre los fondos familiares y fue el que a principios del siglo XX consultó la historiadora Alice B. Gould en sus trabajos sobre el Descubrimiento.

En realidad, este volumen con los documentos de los Pinzón sería una de las pocas fuentes documentales –si no la única- que Washington Irving pudo encontrar y consultar en su viaje. En su diario, apuntó que “en el libro de Pinzón éste dice que Colón los llama a consulta. Los Pinzones se deciden a seguir. Colón disparó contra ellos” (217). Antonio Garnica, a este respecto, señala que Irving reformaría el apéndice de la segunda edición de su *Life and Voyages of Christopher Columbus* para añadir que “en un manuscrito en poder de la familia Pinzón he podido leer el testimonio de un viejo marinero en el sentido de que Colón, para obligar a los Pinzones a volver a España, disparó contra sus barcos, pero como ellos persistían en seguir adelante no tuvo más remedio que hacer lo mismo, y al cabo de dos días descubrieron la isla de la Española”, idea descabellada que nos decepciona respecto al contenido de aquel libro y que el estadounidense explica diciendo que “el viejo marinero... probablemente mezcló en sus confusos recuerdos las disputas de la primera parte del viaje sobre la conveniencia de cambiar la ruta hacia el suroeste con

33

El año anterior a la visita de Irving a Moguer, Sebastián de Miñano había publicado en su *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal*, aunque copiándolo claramente del *Atlante español* de Bernardo Espinalt (187), que en la localidad mogueresa "el clima es saludable, y aunque la mayor parte de su término es arenoso, como pasan por él los espesados ríos, le fertilizan y hacen producir mucho vino que no baja de 300.000 arrobas anuales, higos delicados, almendra, pinos y mucha cría de ganado vacuno, yeguar y cabrío" (58).

34

La hacienda de Buenavista, que Ropero-Regidor describe y en la que la familia Hernández-Pinzón tenía instalada una fábrica de aguardiente, era sin duda la de más calidad del entorno y una de las que hizo decir a Miñano en 1827, refiriéndose a Palos, que "la situación de esta villa es la más hermosa, saludable y alegre, por las muchas casas de campo que hay en su término" (415).

35

Aunque es un ensayo literario y no una obra de investigación, es recomendable la reflexión que Julian Barnes hace sobre la veracidad del síndrome de Stendhal en las páginas 93-98 y 272-278 de su libro *Nada que temer* (2010), que aquí utilizamos.

la deserción de Martín Alonso después del descubrimiento de las Lacañas y Cuba, cuando tras separarse del Almirante descubrió la Española" (218). En cuanto a Luis Hernández-Pinzón y Prieto, que enseñó a Irving el libro, conocemos de él algunas cosas por Víctor Manuel Núñez García, que señala que "fue Capitán de fragata y Teniente de navío de la Armada Española y Capitán del puerto de Moguer; aparte de ello también se mostró activo políticamente hablando, combatió al absolutismo fernandino durante el Trienio Constitucional y llegó a representar a Huelva en la junta electoral de partido de la provincia de Sevilla de cara a las primeras elecciones a Cortes del Trienio" (144). Con todo, fue su hermano mayor Juan el que acompañaría al día siguiente a Irving a visitar Palos y La Rábida, tras dormir esa noche en una posada que, tal como ha estudiado Ropero-Regidor, pertenecía al hospital del Corpus Christi, aunque estaba arrendada a Juan Gómez Batista, "de tez clara, pelo castaño, ojos azules", que era "uno de los hombres más amables del mundo", como escribiría su huésped (213 y 217).

Ese miércoles 13 de agosto de 1828 es el día que, naturalmente, ocupa más extensión en las páginas del relato, y el que provoca en su autor las mayores emociones históricas. Es hermosa la descripción del viaje de Moguer a La Rábida por las orillas del río Tinto, y muy plásticas las alusiones del relato y del diario a la "suave y aromática brisa" que rizaba las aguas del río, a los "promontorios cubiertos de viñas, higueras"³³, y al "melodioso repique de las campanas de la lejana ciudad de Huelva", cuyo "blanco caserío" se destacaba a lo lejos (219, 229 y 230). También es interesante, en otro sentido, esa referencia a que Juan Hernández-Pinzón, como hacendado de la zona, "saludaba a cuantos encontraba en el camino y a todos, incluso a los campesinos más humildes, los llamaba caballeros" (218). Estas irrupciones de la vida cotidiana en la narración, tan pictóricas en su brevedad, nos acercan muy convincentemente a las formas de la sociabilidad rural, en este caso las que emanan del paso de la calesa del potentado del lugar entre los campesinos pobres. Tras parar un momento a desayunar en la hacienda, situada entre Palos y La Rábida, en la que la familia Hernández-Pinzón tenía su casa de verano –y que, abandonada, aún existe con el nombre de Buenavista³⁴–, la con-

templación del paisaje vacío que se abría a su mirada y el recuerdo de los acontecimientos que él pensaba que se habían producido allí (pues ubicaba el antiguo puerto de Palos en ese entorno) fueron las causas de la mayor manifestación de emoción del estadounidense, pues, como el autor cuenta, "el mismo aspecto del paisaje, tan plácido y tranquilo, me afectó en extremo y mientras caminaba por aquella orilla solitaria junto con el descendiente de uno de los descubridores sentí que mi corazón se emocionaba y que mis ojos se llenaban de lágrimas" (220).

Este corazón emocionado y estos ojos llenos de lágrimas merecen que nos detengamos un momento. Cualquier lector medio de hoy reconocería aquí los síntomas que ese llamado síndrome de Stendhal que desde 1979 está tipificado en los manuales de psiquiatría, pero que tuvieron su antecedente más conocido en lo que, según cuenta el escritor francés, le sucedió en 1811 a la salida de la iglesia florentina de Santa Croce, tras contemplar los cuadros de la capilla Niccolini: esa "marea de emoción" que en el pórtico de la iglesia se transformó en "violentas palpitaciones"³⁵. Pues bien, Stendhal no publicó estos recuerdos

hasta 1826, en el libro de viajes Roma, Nápoles y Florencia: es decir, sólo dos años antes de que Washington Irving escribiera este otro relato de viajes. Que Irving conociera ya en 1828 el libro de Stendhal es algo sumamente probable. Que, además, le sedujera ese modelo de exaltación emocional que un viajero era capaz de sentir ante la belleza o sugerencias del arte o del paisaje es también algo bastante natural en un individuo de su carácter. Eso, en principio, no dice nada en contra de la veracidad de la emoción, pero ya sabemos lo que una atmósfera literaria y la vigencia de unos tópicos sentimentales pueden hacer a la hora de provocar ciertas respuestas emotivas.

De todas maneras, hay algo más para reflexionar: existe el diario en el que Henri Beyle (que aún no había adoptado su famoso seudónimo) anotó en 1811 las impresiones suscitadas por la contemplación de la iglesia de Santa Croce. Si en el relato de 1826 que consagró el síndrome de Stendhal se alude a que "la fuente de vida se secó en mi interior y caminé con un miedo constante de caerme al suelo", en el diario de quince años antes sólo se dice que, delante de un cuadro de Bronzino que mostraba el descenso de Cristo al limbo, "casi se me saltaron las lágrimas". Y, luego, de modo más cotidiano: "Estaba exhausto, con los pies hinchados por la apretura de unas botas nuevas"(Barnes 94, 95, 276 y 277). Esta traición del diario marca la diferencia entre lo que se anota en un primer momento y lo que un escritor reelabora con los materiales de su literatura. Y a todo esto, ¿qué dice el diario de Washington Irving sobre la emoción de su corazón y las lágrimas de sus ojos que mencionaría en su relato más tarde? Absolutamente nada.

Camino de La Rábida tuvo lugar, según la narración, una de esas conversaciones que a Washington Irving le divertían particularmente -y que nunca dejaba de incluir-, tocante a la sorpresa que su viaje provocaba en quienes encontraba a su paso, ignorantes de las reverberaciones históricas de aquellos lugares. Esta vez el interlocutor era su propio calesero, extrañado del destino de aquel periplo:

El buen calesero no acertaba a comprender qué motivo podría tener un extranjero como yo, que al parecer viajaba por el placer de viajar, para haber venido de tan lejos para conocer un lugar tan miserable como Palos, para él uno de los más pobres y abandonados del mundo entero. El tener que hacer ahora un esfuerzo adicional luchando con todas sus fuerzas en abrirse camino por las arenas para llegar al viejo convento de La Rábida colmó su paciencia. Exclamó: Hombre, si esto no es más que una ruina. Y no tiene más que dos frailes. Don Juan se rió y le dijo que yo había venido nada menos que desde Sevilla para ver esa vieja ruina y esos dos frailes. El calesero hizo el típico ademán español de rendirse y no comprender nada: encogerse de hombros y santiguarse. (221)

Como Irving decía, en este caso de los vecinos de Palos, "la gente es muy ignorante y es muy probable que la mayor parte de ellos no conozca ni aun el mismo nombre de América". Llegados al convento, situado en mitad de un pinar que el escritor describe como "un lugar solitario y desamparado", la sensación que dominó su entrada por pasillos, claustros y celdas fue la del silencio, el abandono y el vacío. Con la sola presencia de un gato, y "sin escuchar más ruido que el eco de nuestros propios pasos", cruzaron todas las dependencias del convento hasta llegar "a una puerta entreabierta por la que pudimos ver a un fraile que estaba escribiendo sentado junto a una mesa. Al vernos se levantó y nos saludó con cortesía. Nos llevó a la presencia del superior que estaba leyendo en una celda próxima. Los dos eran jóvenes y junto con un novicio y un hermano lego que actuaba de cocinero formaban la comunidad del convento" (220-222).

Este Herrera al que Irving alude es Antonio de Herrera y Tordesillas, autor de la Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano que llaman Indias Occidentales, también conocida como las Décadas, publicada en cuatro tomos entre 1610 y 1615.

La escuálida presencia de estos dos frailes que, junto al novicio y al lego, formaban toda la comunidad de La Rábida cuando la visitó Washington Irving era el resultado de casi veinte años de conmociones militares y políticas: tras la presencia de los franceses y los decretos de reforma y supresión de regulares de 1820 y 1822, que entre otras cosas suprimían “todos los conventos y monasterios que estén en despoblado”, la comunidad de La Rábida había quedado extinguida hasta que, en 1823, Fernando VII, restaurado el absolutismo, decretara la reposición de todos los institutos religiosos al estado en que se hallaban antes del 7 de marzo de 1820. Estos vaivenes, naturalmente, provocaron que el número de frailes de La Rábida se resintiera de modo muy notable. Según las cifras de una “Relación exacta de la Provincia de Andalucía formada conforme a las interrogaciones de la Real Junta Eclesiástica”, de fecha 5 de julio de 1834, el convento de Nuestra Señora de la Rábida “tenía antes de la invasión del enemigo, en 1808, religiosos moradores, 10, en esta forma; 5 sacerdotes, 2 legos y 3 donados; en 1820, id. 5, y a la fecha tiene sólo 2”. En 1828, como refiere Washington Irving, tenía cuatro. El guardián del convento, al que Irving llama “superior”, era entonces Fray Antonio González, que lo fue desde el 12 de febrero de 1825 hasta el 21 de marzo de 1831 (Ortega, IV, 53 y 187-191). Fue él, junto a un fraile más joven y más locuaz, el que recibió al periodista estadounidense aquella mañana calurosa del 13 de agosto de 1828, como probablemente también había recibido a José de Vargas Ponce quince años antes, según dijimos. Washington Irving lo contó así:

Don Juan los puso al tanto del objeto de mi visita y de mi deseo de ver los archivos del convento para comprobar si había algún documento sobre la estancia de Colón en el mismo. Me dijeron que el archivo había sido destruido por los franceses. Sin embargo, el fraile más joven, que había trabajado en él, recordaba vagamente que algunos documentos se referían a los tratos que Colón hizo en Palos, su estancia en el convento y la salida de la expedición. De todo lo que me dijo saqué la impresión de que todo lo que había en el convento había sido sacado de Herrera y de otros autores bien conocidos.

Al fraile le gustaba hablar y no carecía de elocuencia, pero bien pronto dejó el tema de Colón para referirse a otro asunto que él consideraba de mucha más importancia: la milagrosa imagen de la Virgen que posee el convento y que es conocida con el nombre de Nuestra Señora de La Rábida. (222 y 223)

Es obvio que Irving se sintió desilusionado por el resultado de su visita de investigación al convento y, una vez más, por la indiferencia de los habitantes del entorno respecto a los sucesos del Descubrimiento. No sólo el fraile “recordaba vagamente” los documentos colombinos pese a haber trabajado en el archivo, sino que lo que decía era, a juicio del escritor, pura repetición de las crónicas de Indias, especialmente de Herrera³⁶. En cambio, todo lo que le interesaba al fraile y que con prolijidad y elocuencia fue contando al estadounidense –aunque éste apenas escuchaba– estaba sin ninguna duda extraído del Libro en que se trata de la antigüedad del convento de Nuestra Señora de La Rábida, que ya enseñaron a Vargas Ponce década y media antes y que, a todas luces, se había convertido en lo único mostrable de la biblioteca y archivo y, pese a sus errores y desproporciones, en intérprete oficial de las historias y leyendas del convento. En realidad, como advierte Washington Irving con decepción, “la biblioteca se reducía a unos escasos volúmenes de temas eclesiásticos, amontonados en desorden en la esquina de una sala abovedada y tristemente

cubiertos de polvo" (222 y 224). Lo único aprovechable que el periodista obtuvo de su visita fue la sugestión de los recuerdos allí densamente acumulados y la vista que desde lo alto del convento se extendía sobre el estero Domingo Rubio, la desembocadura de los ríos Tinto y Odiel en el océano, la torre de Punta Arenilla y el pinar que rodeaba el promontorio de La Rábida, que al escritor le pareció "melancólico". Sin nada más que hacer, pues ni la iglesia gótica ni el claustro mudéjar le causaron ninguna impresión reseñable, viajero y anfitrión volvieron a la hacienda a comer y a dormir la siesta, "como hacen todos los españoles en el verano", para poder visitar luego Palos, no sin antes notar de nuevo la sorpresa que producía la presencia de la calesa, esta vez en La Rábida. No en vano, según contó Irving con el gusto con que solía referirse a estas cosas, uno de los frailes exclamó: "¡Santa María! ¡Quién me iba a decir que iba a ver una calesa en la puerta del convento de La Rábida!" (221, 225 y 226).

Tampoco en Palos encontró el periodista lo que buscaba. De momento, Hernández-Pinzón y él se dirigieron a la casa del cura, previamente avisado, para recabar noticias del archivo parroquial, pero el cura de Palos, que salía en ese momento a cazar al monte con escopeta, chaquetilla corta y sombrero de campo, no se entretuvo mucho con sus visitantes al decirle al moguereno, antes de montar en su burro, que "todos los archivos fueron destruidos y no queda ni traza de lo que usted busca. Nada de nada", invitándoles a visitar la iglesia por su cuenta (227). Tal como Diego Roperó ha comprobado en las fuentes documentales correspondientes a esos momentos, se trataba del presbítero José Miguel Núñez, que incluso en un testamento otorgado en Moguer figura como testigo en compañía precisamente de Juan Hernández-Pinzón. Puede añadirse a ello, según los datos que hemos visto en el Archivo Arzobispal de Sevilla, que había alcanzado el título de teniente de cura de Moguer el 14 de junio de 1786 y que a fines de 1789 o ya en 1790 accedió al curato de Palos³⁷.

En cualquier caso, en la Noticia del estado eclesiástico del Arzobispado de Sevilla, de 1813, aparece mencionado al frente de la parroquia de Palos con su nombre completo, José Miguel Núñez y Camacho, refiriéndose que era natural de Moguer y que tenía 65 años de edad³⁸. Es decir, que cuando, el 13 de agosto de 1828, ese "hombre bajo de estatura pero ancho y fornido" se montaba en su burro para salir "trotando en dirección al monte" a cazar, tenía 80 años. La edad del cura cazador debía de haberle llamado la atención a Irving, porque hubiera dado juego en el relato, pero nada dice al respecto. No podemos pensar que se trataba de otra persona porque consta, en aquellos años, que Núñez era "cura único y beneficiado" de la parroquia de Palos. En verdad, ese encuentro componía un episodio tan pintoresco y adecuado a la visión costumbrista que a Irving le interesaba dar en su escrito que bien hubiéramos podido pensar que era un añadido literario, si no fuera porque en el diario se recoge –bastante escuetamente, es cierto, para lo castizo de la situación– la anotación de haber visto "al párroco en el momento de salir de su casa en su burro para cazar. Dice que no hay nada en el archivo, todo destruido" (227 y 232). Extraña la hora de salir a cazar, pues era por la tarde (según el relato, el escritor almorzó antes en la casa de campo y durmió la siesta), lo cual sólo se explica si tenía la idea de pernoctar en el campo, como Hernández-Pinzón solía hacer. Lo que indudablemente no se corresponde con la realidad es esa afirmación de que el archivo se hallaba "todo destruido", pues han

37

Libro en que se registran los títulos de vicarios y curas de este Arzobispado de Sevilla en el pontificado del Serenísimo Señor Don Luis Jayme de Borbón, infante cardenal de España, mi señor. Archivo Arzobispado de Sevilla, Gobierno, leg. 16.269, fol. 133 v. Si hubiera sido cura de Palos pocos años antes, le hubiera tocado responder al interrogatorio del geógrafo Tomás López y hubiéramos podido tener alguna idea de su formación y conocimientos, pero no fue así y el cuestionario fue contestado por el cura Pedro José Moreno (Ruiz 221).

38

Noticia del estado eclesiástico de este Arzobispado de Sevilla, según el acta de la Visita General Extraordinaria que hizo el Señor Doctor Don Juan Bautista Morales Gallego, presbítero, canónigo de la Santa Patriarcal Iglesia de esta dicha ciudad. 1813. Archivo Arzobispal de Sevilla, Gobierno, Visitas pastorales, leg. 5.237.

39

Visita pastoral de Joaquín Canoves a la parroquia de Palos. 1818. Archivo Arzobispal de Sevilla, Gobierno, Visitas pastorales, leg. 5.150.

40

Ángel Ortega afirma que el antiguo guardián de La Rábida, Fray José Millán, estuvo "agregado a la parroquia de Palos en calidad de cura (su firma se halla repetidísima en los libros parroquiales, año 1810-15)" (IV, 177). No sabemos si Marías era o no el segundo apellido de José Millán, pero en cualquier caso aquella es la firma que aparece en los libros de entierros de la parroquia de Palos entre el 23 de octubre de 1804 y el 10 de enero de 1818. Libro 6 de entierros. Archivo de la parroquia de San Jorge de Palos de la Frontera, leg. 12, fols. 36 v. a 87 v.

41

Por anotaciones tardías puede comprobarse que el último bautizo que celebró Juan Miguel Núñez fue el 30 de noviembre de 1840. El 22 de diciembre, sin duda por enfermedad del cura, bautizó con licencia de éste Fray Juan García Mejía, antiguo guardián de La Rábida, y el 24 de diciembre lo hizo el mismo como "guardián del suprimido convento de Nuestra Señora de la Rábida, orden de Nuestro Padre San Francisco, cura interino de la parroquia de señor San Jorge de esta dicha villa", de lo que puede deducirse que el cura titular había muerto. Libro 8 de bautizos. Archivo de la parroquia de San Jorge de Palos de la Frontera, leg. 1, fols. 24 v. y 25 v.

42

El último entierro que apuntó tuvo lugar el 25 de marzo de 1838. Según consta en el mismo libro de entierros, no había habido visita de inspección de la colecturía desde abril-mayo de 1836, de modo que no había podido conocerse antes el estado de los libros sacramentales. Libro 6 de entierros. Archivo de la parroquia de San Jorge de Palos de la Frontera, leg. 12, fol. 127 r.

sobrevivido de tiempos anteriores series discontinuas de partidas sacramentales y alguna documentación complementaria, aunque ninguna, es cierto, de época del Descubrimiento (Izquierdo, 1988, 113-123). También Vargas Ponce debió de haberse encontrado con él en su estancia en Palos en 1815, aunque en este caso nada sabemos.

Viéndole con la imaginación alejarse en su burro rumbo al monte, podemos pensar en tantos individuos que han salido de la historia así, fugazmente, sin que vuelva a saberse nunca más de ellos. Pero a un cura siempre hay dónde buscarle. Desgraciadamente, las visitas pastorales, a menudo tan minuciosas, no proporcionan una descripción del carácter, formación o costumbres del cura de Palos que conoció Washington Irving, aunque sí sabemos que era bachiller, pues a menudo firmaba como "Br. Núñez", con letra minúscula y puntillosa, las partidas sacramentales que iba anotando en los libros. De todos modos, en 1818, el visitador arzobispal Joaquín Canoves daba cuenta de una situación que, visto qué despreocupadamente atendió el cura a Irving y a su acompañante, bien podría darnos una pista de algo: de la falta de celo que, en general, José Miguel Núñez y Camacho tenía respecto a su parroquia:

Don Luis Moreno del Pozo, maiordomo que fue de esta Fábrica, quedó debiendo a ella 14.839 reales de vellón y el trigo y cebada que se expresa en el frente de este escrutinio, pero nada ha pagado ni hay esperanza de que pague. El cura, que es actualmente maiordomo de Fábrica, no se atreve a demandar al citado don Luis, lo uno por no indisponerse y lo otro y principal porque, siendo el deudor escrivano de la villa, nada se ha de conseguir con la ejecución³⁹.

Hay algunos otros indicios y datos de esa falta de celo. Aunque desde al menos 1790 estaba a su cargo el curato de Palos y, por tanto, era responsabilidad suya el cumplimentar los libros sacramentales, de 1804 a 1818 parece haber evitado ese trabajo y delegarlo en un tal "Marías", quizás un auxiliar de su parroquia⁴⁰, irregularidad que se corrigió de cuajo en febrero de 1818 coincidiendo exactamente con la visita pastoral que acabamos de mencionar. Más adelante, sin embargo, la situación sería más grave, pues a la muerte del cura, ocurrida el 23 de diciembre de 1840 según deducimos⁴¹, se descubrió que hacía algunos años que había dejado de anotar en los libros las partidas de bautizos, matrimonios y entierros⁴². El Arzobispo de Sevilla, Cardenal Cienfuegos, así lo decía:

Cabría decir en descargo de Núñez que en 1838, si la edad que constaba en el Arzobispado era correcta, tenía noventa años, aunque ello no le impidió seguir administrando los sacramentos y celebrando entierros hasta poco antes de su muerte, que después no apuntaba. Esta dejación de José Miguel Núñez y, sobre todo, la falta de contabilidad de los ingresos económicos que todo ello generaba motivaron que el Arzobispado, "por el descuido y negligencia del mismo cura condenaba y condenó los bienes y rentas de éste quedados por su fallecimiento al pago de todos los derechos causados hasta la conclusión del asunto". Y así fue cómo

José Miguel Núñez y Camacho, el cura cazador que dejó sorprendido a Irving, fue condenado -ya muerto- por descuidado y negligente. Es imprevisible la historia, madrastra de la vida: un individuo puede desempeñar su función, mejor o peor, durante cincuenta años, como el cura de Palos, y dos siglos después sólo aparecer en las páginas de los libros por cruzarse, poco más de unos segundos, con un periodista extranjero mientras se iba a cazar.

Desengañado el escritor de que el cura de Palos fuera “un personaje parecido al cura del Quijote, inteligente y buen conocedor de lo que sucedía en su limitado mundo, y que seguramente podría contarme sabrosas anécdotas de su parroquia, sus viejos edificios, sus personajes y los hechos del pasado” (226 y 227), no parece que hiciera más indagaciones documentales ni que, en concreto, preguntara por el archivo del Cabildo, aunque no hubiera estado de más de cara a buscar la información que precisaba. De todos modos, tampoco es que estuvieran los fondos municipales en las mejores condiciones posibles. Según puede saberse, los legajos del Cabildo de Palos estaban depositados en casas particulares y en el Libro en que se trata de la antigüedad del convento de Nuestra Señora de La Rávida hay incluido un documento que señala que buena parte de los papeles del archivo, entre ellos los que se copian en dicha obra, estaban en situación lamentable ya en el siglo XVIII, con lo que Irving no podía contar con ellos. Nos referimos a la declaración que, el 17 de noviembre de 1721, hizo el escribano Diego Cruzado Caballero para hacer constar lo siguiente:

El año pasado de setecientos y veinte años ejercí la Escribanía de la Villa de Palos de la Frontera. Y entre los papeles de su Archivo, que paraba en un arca grande en las casas de la morada de Matías Prieto, vecino de la dicha Villa, leí diferentes veces ciertos instrumentos, los cuales contenían ciertas noticias de muchos años sobre prodigios y venida de la Virgen de los Milagros, y otras noticias diferentes de apariciones de imágenes, los cuales instrumentos así mismo certifico que, habiendo ido a sacar los papeles de dicha arca para ponerlos en sitio decente y guardarlos con llave con asistencia y acuerdo del Cabildo de dicha Villa, se hallaron la mayor parte de dicho Archivo podridos los papeles, de tal suerte que muchos instrumentos no se pudieron leer ni saber su contenido por causa que sobre dicha arca estaba un cañizo con queso del dicho Matías Prieto, y todo cuanto de los dichos quesos escurría caía sobre dicha caja, por cuya razón hoy se hallaron instrumentos tan modernos en dicho Archivo, que habrá de seis a ocho años más o menos escritos tan pegados que mis diligencias no bastaron a despegar sus hojas y así lo dejé en dicho Archivo; así mismo certifico que cierto día, yendo a abrir dicha arca, hallé una gata parida con sus hijuelos dentro, que a el parecer de diferentes papeles sucios que hallé había parido dentro, pues no había impedimento alguno en su entrada por causa de estar una tabla de un lado quitada, por cuyas razones no impedía el entrar por dicho agujero hasta los muchachos de dicha casa, todo lo cual juro a Dios y a esta cruz + ser cierto sin cosa en contrario. (209)⁴³

A falta de archivos que contuvieran una documentación más o menos compacta, dice Irving en su diario que le hablaron de un “escribano de Palos, ya muerto, que sentía mucha curiosidad por Palos, etc., y que guardaba papeles sobre su historia” (217). Ese escribano curioso de la historia de su localidad y que atesoraba papeles más allá de su función

43

José Coll, en 1892, teniendo en sus manos este mismo documento y ante la desolación del archivo de Palos, se lamentaba de la desaparición de su documentación con estas palabras: “Que lo sepan todos, que allí no se encuentra cosa que valga un ardite: de suponer es que habrá habido bastante, nada más natural, lo confesamos; pero lo que es ahora no hay nada, todo ha desaparecido. (...) No hay nada en Palos, lo repetimos; todo se ha perdido, merced al estúpido modo de pensar de aquéllos a cuyo cuidado estuvo por largos años confiado el depósito y guarda del Archivo de aquella villa” (377 y 378).

44

Partida de entierro de Luis Moreno del Pozo, 4 de agosto de 1823. Libro 6 de entierros. Archivo de la parroquia de San Jorge de Palos de la Frontera, leg. 12, fol. 96 v. Nótese de camino cómo en Palos, al igual que en muchas otras poblaciones de España, se seguía enterrando en el interior de las iglesias en una fecha tan tardía como 1823 a pesar de que ello había quedado prohibido por Real Cédula de Carlos III de 3 de abril de 1787.

45

El año anterior, Miñano había contabilizado en su Diccionario 162 casas en Palos, con 211 vecinos y mil habitantes (415).

46

Antonio Delgado decía en 1891, refiriéndose a la población descendiente de los antiguos esclavos en el entorno de Niebla, que “al cabo de tantos años ha perdido su primitivo color y degenerado en trigueño, y sólo mostrando su origen en la forma de sus fisonomías, y en algunos rasgos del ángulo facial de la raza etiópica” (550). Aun así, todavía en 1952 Arcadio de Larrea Palacín afirmaría haber encontrado en Palos “de diez a 12 familias” negras y en Moguer “unas 14 familias de negros puros (70 individuos) y unos 30 o 40 travesaños (mestizos)” (42). Tan importante fue la población negra de Palos que Vicenta Cortés Alonso, para la segunda mitad del siglo XVI, calculó que un 20% de los bautizados era de negros, lo que duplicaba el porcentaje de ciudades como Lisboa o Sevilla (612). Izquierdo Labrado, en su estudio sobre la esclavitud en la Baja Andalucía, llega a decir incluso que Palos era “la villa con mayor presencia relativa de negros de España y, por tanto, de Europa” (Izquierdo, Esclavitud 2:81).

de custodio de los archivos notarial y municipal (¿o procedían precisamente de ellos?), no era otro que aquél que, según refería el visitador arzobispal en 1818, debía a la fábrica de la parroquia casi 15.000 reales de vellón y a quien el cura Núñez no tenía intención de demandar: Luis Moreno del Pozo, escribano de número y del Cabildo de Palos, miembro de una familia que había dado notarios al pueblo desde 1689 y que –último de la saga– había regentado ininterrumpidamente la única escribanía pública de la villa de 1786 a 1823, es decir, durante 37 años. Efectivamente, según comprobamos en los libros de entierros de la parroquia de San Jorge, Luis Moreno del Pozo había muerto en Palos en 1823 en una fecha tan emblemática para un amante de la historia local como la del 3 de agosto, pues al día siguiente fue sepultado en dicha iglesia con entierro de primera clase⁴⁴, de forma que, si Washington Irving hubiera querido informarse bien de cuanto el escribano sabía y había recopilado sobre la historia de Palos, lo cierto es que llegó cinco años tarde.

Es lógico pensar que Vargas Ponce sí conociera en 1815 al escribano y que consultara la documentación que poseía, pues, en su deseo de examinar los archivos locales para la descripción histórica de Palos, antes o después tuvo que acudir a él. Por otra parte, ignoramos el destino que, muerto Moreno del Pozo, se dio a los papeles que guardaba, y tampoco parece que Irving les siguiera la pista o preguntara por más archivos, dedicando en adelante su tiempo a visitar los edificios más singulares de Palos y, luego, de Moguer. En Palos, siguiendo el camino que cruzaba el pueblo, pasó junto a la gran casa, entonces venida a menos, que era propiedad de la familia Pinzón y que “es bastante probable que hubiera sido la residencia de Martín Alonso o de Vicente Yáñez Pinzón en los años del descubrimiento”, interesante constatación de que en 1828 la familia Hernández-Pinzón manejaba esa idea, y luego entró en la iglesia de San Jorge, contemplando sobre la colina adyacente los restos del castillo, entonces aún visible, y al otro lado “el valle que lleva al río”, alusión que permite deducir que en esas fechas la entrada de agua donde se situó el puerto de Palos se encontraba ya seca. Como refiere el relato, “no hay nada notable en el interior de la iglesia excepto una imagen de madera que representa a San Jorge matando el dragón”. Por lo demás, confundió la arquitectura mudéjar con los restos de una hipotética mezquita árabe y de Palos sólo se llevó la imagen de un pueblo pobre compuesto “de dos calles de casitas bajas y encaladas”⁴⁵, y de unos vecinos que en su mayor parte presentaban “la tez muy oscura, lo que muestra que por sus venas corre sangre africana”, “y que parecen moros”, apreciaciones éstas que confirman los estudios antropológicos disponibles⁴⁶ y que, a principios del siglo XIX, debía de ser muy obvia (226-228 y 232).

Ya en Moguer, al entrar la noche, visitó el convento de Santa Clara y en esta ocasión sí estuvo más elocuente al referir más tarde la “espaciosa” y “bien decorada” iglesia y, en ella, “los magníficos sepulcros de los Portocarrero”, aunque, al ser obra de la primera mitad del siglo XVI y no anterior, no fue correcta su estimación de que un “aspecto semejante debió de haber presentado este solemne lugar cuando el piadoso des-

cupridor cumplió su promesa de guardar vigilia de oración durante toda la noche". Escribe Irving que "era ya de noche cuando entramos en la iglesia, lo que hacía aquel espectáculo mucho más impresionante", y comenta Antonio Garnica que "la nocturnidad de la escena es una creación del escritor americano" (229), que responde a su mentalidad romántica, pero lo cierto es que el tempo de la narración concuerda y que, habiendo comido y dormido en la hacienda y visitado Palos, no hay nada que objetar a que le entrara la noche al llegar a Moguer.

De hecho, aunque en el relato no lo menciona, en el diario sí hay una anotación que da carácter a su paseo por Moguer a esa hora, y es que "todos los gitanos y los políticos del pueblo están en grupos en la plaza principal, algunos con capas", a la totalidad de los cuales saluda Juan Hernández-Pinzón (233). Separados en grupos, como marcan las leyes no escritas de la sociabilidad rural, y tomando el fresco de la noche de agosto, componen una imagen muy típicamente andaluza, que el periodista no utiliza en su narración. La plaza es la del Marqués, centro tradicional de la vida pública moguerense, paso obligado, por lo demás, para ir desde el convento de Santa Clara hasta la casa blasonada de Luis Hernández-Pinzón, sin duda la mejor de la familia, frontera a la plaza de la Iglesia, que visitaron esa noche el estadounidense y su anfitrión antes de ir a la de éste. Por cierto, que uno de los hijos de Luis Hernández-Pinzón había toreado ese día "en los montes" (se supone que en un tentadero de la familia) y aún de noche llegaban a Moguer los arrieros que habían estado presentes en la fiesta taurina. El escritor, curiosamente, no aprovecha estos elementos costumbristas en su relato y sólo los conocemos por apuntes rápidos de su diario. A las ocho y media dice Irving que volvió a su posada a dormir, aunque era ya de noche –como vimos– cuando entró en el convento de Santa Clara, lo cual, teniendo en cuenta todo lo que hizo entre ambos momentos, no pudo haber sido mucho después de las siete. El cálculo es correcto, pues, como informaba el Anuario del Observatorio de Madrid, estando el horario sujeto al paso astronómico solar, la puesta del sol del 13 de agosto tenía lugar a las diecinueve horas y un minuto en la posición de Madrid, seis minutos después en Moguer (Anuario 23 y 35).

En la posada, esa noche, el periodista estuvo consultando y anotando el contenido del libro manuscrito que guardaba Luis Hernández-Pinzón con informaciones de su familia, que el dueño le había prestado y con el que completó algunos pasajes de la segunda edición de su *Life and Voyages of Christopher Columbus*. Tras haber estado ese día en La Rábida, en Palos y en Moguer, Washington Irving bien podía decir, como hacía efectivamente en su relato, que "con esta visita había cumplido el principal objetivo de mi viaje: conocer los lugares relacionados con la vida de Cristóbal Colón". Por la mañana del 14 de agosto tuvo aún ocasión de volver –según se deduce del diario– al convento de Santa Clara, probablemente para ver los sepulcros con más luz, acercarse a una de las torres del desvencijado castillo de Moguer y visitar algunos domicilios de la familia Hernández-Pinzón, en las que encontró a las mujeres "sentadas en el patio de sus casas, a la sombra de unos toldos que las libraban de los rayos del sol y rodeadas de macetas de plantas olorosas y flores". Y el escritor comentaba, con el tono del viajero romántico que era, que "el patio es el lugar donde las mujeres andaluzas suelen pasar la mañana haciendo sus labores y rodeadas de sus criadas en el estilo más primitivo o, mejor dicho, como una costumbre oriental". Se lo dice la mujer de Luis Hernández-Pinzón, que en el libro de Víctor Manuel Núñez consta que se llamaba María Teresa Álvarez Muñoz: "vivir en Moguer es vivir en el paraíso, rodeada de todo lo bueno". En el almuerzo de ese día en casa de Juan Hernández-Pinzón, "que duró desde las doce hasta la una" y en el que comió "pescado, ricas frutas y deliciosos

47

En los siglos XVIII y XIX, muchos viajeros por España, especialmente por Andalucía, afirmaron con énfasis haber tomado gazpacho, como Richard Twiss, Théophile Gautier o William George Clark, que incluso publicó en 1850 sus memorias de un viaje por España bajo el título de *Gazpacho or Summer Months in Spain*, donde refería que "it is a sort of cold soup, made of bread, pot-herbs, oil, and water" (V). Gautier tomó gazpacho en Vélez-Málaga en 1840 y, dado que este "infernal potage" merecía una "descripción particular", dio la receta: "Se echa agua en una soperá; a esta agua se le añade un chorro de vinagre, unas cabezas de ajo, cebollas cortadas en cuatro partes, unas rajás de pepino, algunos trozos de pimienta, una pizza de sal, y se corta pan que se deja empapar en esta agradable mezcla, y se sirve frío" (291 y 292). El tomate es un añadido tardío. Y concluye Gautier: "Llega a gustar".

48

En las Constituciones sinodales del Arzobispado de Sevilla, mandadas redactar por el Cardenal Niño de Guevara en 1604 y vigentes en 1828, se obligaba a las parroquias que tuvieran al menos tres beneficiados a que dijeran una "Missa por la mañana, en manera que se acabe casi en saliendo el Sol, porque los trabajadores puedan oír Missa rezada, antes que vayan a sus labores o negociaciones" (90 r.). Esa misa, llamada de hora prima y que en esa época del año habría de comenzar sobre las cinco de la mañana, fue sin duda la que escuchó el calesero, pues la siguiente era la de hora tercia, a las nueve de la mañana, momento en el que ya estaban en Sanlúcar la Mayor.

melones"; le acompañaron el matrimonio y tres hijos. Tras recoger sus enseres en la posada, y regalarle al posadero "varios cigarros puros de gran calidad", Washington Irving salió de Moguer en su calesa a la una y media de aquel jueves, "muy satisfecho" por la visita "y lleno de los mejores sentimientos de gratitud hacia Moguer y sus hospitalarios vecinos" (233-236).

Ahí termina el texto de "Una visita a Palos", aunque el diario se extiende hasta cubrir el itinerario de regreso a Sevilla. De Moguer a La Palma y luego a Villalba del Alcor, donde hizo noche, tardó seis horas y media, llegando a la posada a las ocho. La estancia en la posada de Villalba es interesante por lo que concierne a la conversación mantenida con un joven que "habla con libertad del lamentable estado de España y quiere irse a América". Mientras tomaban gazpacho ("guspacho") –no debe olvidarse que estaban en verano⁴⁷- y un ragut de liebre, la conversación giró hacia temas que a un viajero norteamericano debían de interesarle en plena construcción del tópico romántico: "de corridas de toros, de bandidos, de contrabandistas" (236). A la mañana siguiente salieron de Villalba hacia Sevilla. Apunta el diario que, antes de emprender el camino, el calesero asistió a misa muy temprano. Hay que tener en cuenta que ese día era 15 de agosto, festividad de la Asunción de María y, por tanto, fiesta de guardar en el mundo católico. Washington Irving era presbiteriano y debió de esperar fuera de la iglesia o en la posada a que su calesero terminara de cumplir sus obligaciones religiosas, sin duda asistiendo a la misa de hora prima⁴⁸. En cualquier caso, a las nueve de la mañana –ese día amaneció en Villalba a las 5 y 16 minutos (Anuario 23 y 35)- estaban ya en Sanlúcar la Mayor para desayunar. La posada en la que entraron, frente a la cual se extendía un campo cubierto de olivos, permitiría al estadounidense contemplar otra escena llamativa y digna de una narración costumbrista, con la que Cervantes –y aún más Gautier- hubiera disfrutado mucho. Las protagonistas fueron la posadera y su criada, sentadas a la sombra de los arcos del patio, y una vecina que acudió junto a ellas a hacer "sus labores" y a conversar –ya que no había otro tema, al parecer- de "los méritos de los toreros". No fue la conversación lo más castizo que presencié Irving en aquel patio, pues, de repente, posadera y visitante se enzarzaron en una pelea en que volaron las manos y las palabras: "Las de Olivares dicen que los sanluqueños son todos negros y mulatos. La de Sanlúcar replica que las de Olivares son todas putas". A las once y media salía la calesa de Sanlúcar y a las dos y media llegaba a Sevilla, poniendo fin al viaje (236 y 237).

Cinco días después, el 20 de agosto de 1828, en carta al embajador Alexander E. Everett, Irving daba cuenta del periplo realizado:

La semana pasada fui a Palos, para visitar el lugar de donde salió Colón en el viaje del descubrimiento. Fue un viaje cansado ya que tuve que soportar los conocidos inconvenientes de las posadas españolas, pero mereció la pena. Llevaba una carta de presentación para uno de los descendientes de los hermanos Pinzón, un anciano caballero muy cortés y agradable, de setenta y dos años de edad, pero

lleno de vida, de salud y de energía. Me atendió con la mayor hospitalidad, me informó de la historia de su familia y me acompañó a todos los lugares relacionados con la historia de aquella expedición. La familia Pinzón es muy numerosa y floreciente, como puede verse, y desde el tiempo de Colón han seguido viviendo en aquellos lugares, particularmente en Moguer, donde las mejores casas son propiedad de miembros de la familia, y durante siglos han ocupado los puestos de confianza y honor en aquella pequeña ciudad. Visité Palos, el convento de La Rábida, la iglesia en la que Colón leyó la pragmática real para la provisión de las carabelas, la iglesia en la que hizo una vigilia de oración a su regreso cumpliendo así una promesa que había hecho durante una tempestad en el mar. En pocas palabras, busqué todo lo que tuviera una relación con él y con su empresa. (Garnica 23 y 24)

Los frutos intelectuales del viaje serían varios. Como hemos dicho, el apéndice de la segunda edición de la biografía de Colón apareció corregido con algunos pormenores extraídos del libro de Luis Hernández-Pinzón y, lo que es más relevante, el escritor dio forma a sus recuerdos y a las anotaciones recogidas en su diario en un relato que, según Garnica, fue escrito en el Puerto de Santa María a finales de septiembre de ese mismo año (21), aunque lo cierto es que, al frente del texto, aparece la siguiente anotación: "Sevilla 1828". El escrito, literariamente, estaba redactado como una carta a Antoinette Bolvillier, sobrina de la mujer del embajador ruso en Madrid, y apareció como apéndice a *Voyages and Discoveries of the Companions of Columbus*, publicado en 1831 por John Murray de Londres y por Carey & Lea de Filadelfia y editado en español en 1854 en la imprenta de Gaspar y Roig, con traducción de Fernández Cuesta. Del motivo para dar a luz "Una visita a Palos" da cuenta el propio autor en un párrafo introductorio:

Al empezar a escribir el siguiente relato la intención del autor fue la de escribir una carta amistosa, pero sin pretenderlo se extendió hasta tomar su forma actual. Lo inserta en este lugar en la creencia que otros muchos sentirán la curiosidad de conocer el actual estado de Palos y sus habitantes, que es precisamente lo que lo movió a él a hacer este viaje. (209)

Ese breve relato, enmarcado en la revalorización historiográfica de los hechos del Descubrimiento de América, de la que Washington Irving fue uno de los más importantes difusores, puso en cierta manera de moda el nombre de La Rábida, al menos de momento, entre los lectores de lengua inglesa. También las imágenes de los espacios vinculados a Colón alcanzaron repercusión. En 1831, como ilustraciones a la edición londinense de *Voyages and Discoveries*, aparecieron dos grabados de La Rábida y de Palos firmados por Edward Finden y tomados de apuntes del natural de Ignacio Wagner, que tuvieron lógica difusión. En el de Palos se basó Turner para realizar unos dibujos a lápiz y acuarela que se publicaron en 1834 en la segunda edición del libro *Poems* de Samuel Rogers, acompañando al poema "El viaje de Colón"; y ese mismo año está fechado el cuadro "Colón en el convento de La Rábida" de David Wilkie, amigo de Irving en España, que cuelga hoy en el North Carolina Museum of Arts (Gozálvez, 2013, 12 y 13). Desde entonces, los grabados de La Rábida se harían más frecuentes y tanto en libros como en prensa irían apareciendo con alguna regularidad.

La misma celebridad fueron alcanzando los lugares colombinos entre los escritores anglosajones. Ya de entrada, a principios de la década de 1830, Moguer, Palos y La Rábida fueron visitados por Richard Ford, que, en su *Manual para viajeros por España* y lecto-

Aunque se adjudica al gobernador Mariano Alonso y Castillo, tanto en esa placa conmemorativa como en distintas publicaciones, haber evitado la desaparición de La Rábida, salvándola de su total demolición, no fue tal cosa lo que había solicitado el 8 de enero de 1851 su antecesor José María Escudero ni lo que aprobó el gobierno. En comunicación de 5 de agosto de 1851, el ministro de Comercio, Instrucción y Obras Públicas comunicaba al Gobierno Civil de la Provincia la Real Orden por la que se mandaba que, "respetando cuidadosamente la iglesia del citado monasterio, la cual se halla por fortuna en bastante buen estado, y todas las demás partes que, a juicio de peritos, puedan conservarse, proceda V. S. al derribo de las paredes absolutamente inservibles". A esto es a lo que se opuso el 2 de septiembre de 1851 el gobernador Alonso y Castillo, "por un principio de conciencia administrativa, tanto para el presente como para el porvenir" (Coll, 79-82).

res en casa de 1845, menciona a Washington Irving y sus escritos acerca de los descubridores. Como cualquier "lector en casa" puede apreciar, Richard Ford no fue nada benévolo en sus palabras acerca de Moguer ("la ciudad y su castillo están medio en ruinas"), de Palos ("pobre puerto pesquero, una parte de la decrepita España") y de La Rábida ("que ahora está arruinándose"), pero es significativo que, habiendo leído a Irving, se decidiera a aventurarse por un "triste distrito" que, en general, dice que "carece de interés" y para el que recomienda que "no piense nadie en ir allá, excepto empujado a ello por la más absoluta necesidad o por una excursión deportiva" (193, 195 y 196).

Mucho más agradecido fue el estadounidense Robert Dundas Murray, que en su libro *The Cities and Wilds of Andalusia*, traducido parcialmente al español en 2009 por María Antonia López-Burgos, da cuenta de cómo en 1846 o 1847 visitó la casa de Juan Hernández-Pinzón y cómo, fallecido ya el dueño que atendió a Irving (pues murió en 1836), su viuda lo recibió la noche de su llegada. Fue su hijo Ignacio quien sirvió esta vez de anfitrión, emulando lo que había hecho su padre casi dos décadas antes, y debió de ser él quien le mostró el relato de su compatriota Washington Irving, pues dice Murray que "fue bajo el techo de los Pinzones donde por primera vez leí la narración de su amistad con la familia, y su descripción de sus respectivos miembros, a los que, debo añadir, se dirigía con sentimientos de agradecimiento y orgullo" (68). Ignacio Hernández-Pinzón le acompañó a visitar los monumentos de Moguer (aunque estuvieron más tiempo en las bodegas), Palos y La Rábida, e incluso cabalgó con él para que conociera las minas de Riotinto. Murray, en los lugares colombinos, recorrió paso por paso los mismos sitios

en los que había estado Irving, hacienda de Buenavista incluida, aunque en esta ocasión La Rábida era un edificio vacío y abandonado, toda vez que la comunidad del convento había quedado extinguida por Real Orden de 25 de julio de 1835. Abierto, desmantelado y arruinado, Murray escribió un largo desahogo sobre la incuria del tiempo, el desprecio de los hombres y, paradójicamente, la belleza del entorno, traduciendo las impresiones que recibió mientras recorría las estancias conventuales y se asomaba a su parte superior, como había hecho Irving.

El convento de La Rábida estaba, sin duda, en el peor momento de su historia. "En la actualidad se encuentra arruinado", escribió Pascual Madoz en 1848 (118). "Todo era abandono, todo eran ruinas", añadió Víctor Balaguer, que la visitó ese mismo año, como recuerda Ángel Ortega (203). De hecho, el 10 de agosto de 1846 y a propuesta de la Diputación Provincial, el gobierno mandó destinarlo a refugio de veteranos de la Marina y, el 8 de enero de 1851, el gobernador José María Escudero propuso -y se le aceptó el 5 de agosto- la demolición de las partes más lastimadas del edificio (Coll 78-80). En aquellos años, sin embargo, La Rábida se había convertido en destino de viajeros que, como Vargas Ponce en 1815 y Washington Irving en 1828, acudían al ex-convento para conocer los espacios en los que se había gestado el Descubrimiento de América. Muchos de ellos dejaron en las paredes del edificio abandonado el testimonio de su presencia y su recuerdo de los acontecimientos históricos que venían a conmemorar, y Víctor Balaguer y Braulio Santamaría reprodujeron numerosos versos allí escritos (Ortega, 4: 204 y 205 y Santamaría 268-270). Por entonces, recordaba Santamaría, La Rábida "empezó a visitarse por nacionales y ex-

tranjeros que grababan en las paredes, unos, la expresión de su dolor al ver el triste estado de tan memorables ruinas, y otros punzantes inculpaciones” (268). Esa recuperación del valor inmaterial del edificio, llevada a cabo por viajeros de toda procedencia y encabezada por el nuevo gobernador Mariano Alonso y Castillo, salvó la integridad del edificio a partir de 1851, de lo que una placa en cerámica –no del todo certera⁴⁹- da cuenta en Huelva. En cierto modo, fue el resultado de la idea ilustrada de estudiar y poner a la luz del conocimiento la historia naval española, la vida de Colón y la participación de los hermanos Pinzón en la aventura del Descubrimiento de América, proyecto que duró tantos años, que fue tan arduo de realizar y en el que tantas manos sucesivas colaboraron desde 1789.

OBRAS CITADAS

Abascal, Juan Manuel, y Cebrián, Rosario. *Los viajes de José Cornide por España y Portugal de 1754 a 1801*. Madrid: Real Academia de la Historia, 2009.

---. José Vargas Ponce (1760-1821) en la Real Academia de la Historia. Madrid: Real Academia de la Historia, 2010.

Aguilar Piñal, Francisco. *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, tomo VIII. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1995.

---. *La Real Academia Sevillana de Buenas Letras en el siglo XVIII*. Sevilla: Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Sevilla, 2001.

Anuario del Real Observatorio de Madrid. Segundo año. 1861. Madrid: Imprenta Nacional, 1860.

Barnes, Julian. *Barcelona: Nada que temer*. Anagrama, 2010.

Barajas Salas, Eduardo. "Cartas de académicos de la Historia al obispo de Beja, Frei Manuel do Cenáculo." *Boletín de la Real Academia de la Historia* 191.3 (1994): 517-564.

Caro, Rodrigo. *Antigüedades y principado de la ilustrísima ciudad de Sevilla y chorographía de su convento iurídico o antigua Chancillería*. Sevilla: Imprenta de Andrés Grande, 1634. (Hay edición facsímil en Sevilla: Alfar, 1998).

Cebrián Fernández, Rosario. *Comisión de Antigüedades de la Real Academia de la Historia. Antigüedades e inscripciones, 1748-1845. Catálogo e índices*. Madrid: Real Academia de la Historia, 2002.

Clark, William George. *Gazpacho or Summer Months in Spain*. Londres: John W. Parker, 1850.

Coll, José. *Colón y La Rábida*. Segunda edición aumentada y corregida. Madrid: Imprenta y litografía de los Huérfanos, 1892. (Hay edición facsímil: Huelva: Universidad Internacional de Andalucía, 2004).

Constituciones del Arzobispado de Sevilla, hechas i ordenadas por el Ilustrísimo i Reverendísimo Señor Don Fernando Niño de Guevara, Cardenal i Arzobispo de la S. Iglesia de Sevilla, en la Synodo que celebró en su Cathedral año de 1604, y mandadas imprimir por el Deán i Cabildo, Canónigos in sacris, sede vacante. Sevilla: Imprenta de Alonso Rodríguez Gamarra, 1609.

Cortés Alonso, Vicenta. "La población negra de Palos de la Frontera (1568-1579)". En *Actas y Memoria del XXXVI Congreso Internacional de Americanistas*. Vol. 2. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1966. 609-618.

Deacon, Philip. "La novela inglesa en la España del siglo XVIII. fortuna y adversidades". *Actas del I Congreso Internacional sobre la novela del siglo XVIII*. Ed. Fernando García Lara. Almería: Universidad de Almería, 1998, pp. 123-139.

Delgado, Antonio. "Bosquejo histórico de Niebla." *Boletín de la Real Academia de la Historia* 18 (1891): 484-551.

Durán López, Fernando. *José Vargas Ponce (1760-1821). Ensayo de una bibliografía y crítica de sus obras*. Cádiz: Universidad de Cádiz, 1997.

Espinalt y García, Bernardo. *Atlante español o descripción general de todo el Reyno de España*, tomo XIV. Madrid: Imprenta de Aznar, 1795.

Fernández Duro, Cesáreo, ed. *Correspondencia epistolar de D. José de Vargas y Ponce y otros en materias de arte*. Madrid: Establecimiento tipográfico de la viuda e hijos de Manuel Tello, 1900.

Fernández De Navarrete, Martín. Colección de los viages y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, con varios documentos inéditos concernientes a la historia de la marina castellana y de los establecimientos españoles en Indias. 5 vols. Madrid: Imprenta Real, 1825-1837.

Ford, Richard. Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa. Madrid: Turner, 1988.

García Garrosa, María Jesús, y Francisco Lafarga. "La historia de la traducción en España en el siglo XVIII". En Sabio Pinilla, José Antonio (ed.): La traducción en la época ilustrada (Panorámicas de la traducción en el siglo XVIII). Granada: Comares, 2009, pp. 27-80.

Garnica, Antonio, ed. Washington Irving y los lugares colombinos. Huelva: Diputación Provincial de Huelva, 2001.

Gautier, Théophile. Viaje a España. Madrid: Cátedra, 1998.

González Cruz, David. Familia y educación en la Huelva del siglo XVIII. Huelva: Universidad de Huelva, 1995.

---. De la Revolución Francesa a la Guerra de la Independencia. Huelva a fines de la Edad Moderna. Huelva: Junta de Andalucía, 2002.

Gozálvez Escobar, José Luis. La formación de la provincia de Huelva y el afianzamiento de su capital. Huelva: Diputación Provincial de Huelva, 1982.

---. Turner tables. Huelva: Tate Gallery – Puerto de Huelva, 2013.

Guillén y Tato, Julio. Perfil humano del capitán de fragata de la Real Armada D. José de Vargas y Ponce, de las RR. Academias Española, de Bellas Artes y de la Historia, y Director de ésta, a través de su correspondencia epistolar (1760-1821). Madrid: Magisterio Español, 1961.

Irving, Washington. Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón. Madrid: Imprenta de José Palacios, 1833.

---. Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón. Madrid: Imprenta de Gaspar y Roig, 1854.

---. Mi viaje a los lugares colombinos. España. 1828. Almería: Casa Sinapia Ediciones, 2012.

Izquierdo Labrado, Julio. Palos de la Frontera en el Antiguo Régimen (1380-1830). Huelva: Ayuntamiento de Palos de la Frontera, 1988.

---. La esclavitud en la Baja Andalucía. 2 volúmenes. Huelva: Diputación Provincial de Huelva, 2004.

Larrea Palacín, Arcadio de. "Los negros de la provincia de Huelva." Archivo del Instituto de Estudios Africanos 20 (1952): 39-57.

Libro en que se trata de la antigüedad del convento de Nuestra Señora de La Rávida y de las maravillas y prodigios de la Virgen de los Milagros. 1714. (Hay edición de David Pérez. Huelva: Ayuntamiento de Palos de la Frontera, 1990).

López Ontiveros, Antonio. "Caracterización geográfica de Andalucía según la literatura viajera de los siglos XVIII y XIX." *Ería* 54-55 (2001): 7-51.

López-Burgos, María Antonia. Huelva, la orilla de las tres carabelas. Relatos de viajeros de habla inglesa. Siglos XIX y XX. Sevilla: Junta de Andalucía, 2009.

Madoz, Pascual. Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar. 16 vols. Madrid: Imprenta de Pascual Madoz, 1845-1850. (Hay edición facsímil de las voces correspondientes a la provincia de Huelva publicada en Huelva: Diputación Provincial, 1999).

Maier Allende, Jorge. Noticias de antigüedades de las actas de sesiones de la Real Academia de la Historia (1792-1833). Madrid: Real Academia de la Historia, 2003.

Memorias de la Real Academia de la Historia, Vol. 6. Madrid: Imprenta de I. Sancha, 1821.

Miñano, Sebastián de. Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal, tomo VI. Madrid: Imprenta de Pierart-Peralta, 1827.

Muñoz y Romero, Tomás. Diccionario bibliográfico-histórico de los antiguos reinos, provincias, ciudades, villas, iglesias y santuarios de España. Madrid: Imprenta y estereotipia de M. Rivadeneyra, 1858.

Mora Negro y Garrocho, Juan Agustín de. Noticias adquiridas después de impresa la obra de la Ilustración de Huelva. Sevilla: Imp. del Dr. Jerónimo de Castilla, [1762]. (Hay edición facsímil publicada en Huelva: Diputación Provincial, 1998).

Morgado García, Arturo. "La reforma de la fiesta religiosa en el Cádiz de fines del siglo XVIII." Revista de Historia Moderna 28 (monográfico La España de Carlos IV) (2010): 185-199.

Myro, Enrique, y Marta Hildebrandt. Washington Irving en los lugares colombinos. Huelva: Lubrizol, 1985.

Núñez García, Víctor Manuel. Huelva en las Cortes. Élite y poder político durante la década moderada (1843-1854). Huelva: Universidad de Huelva, 2007.

Ordejón, Ignacio. Discurso sobre un pedestal antiguo romano que se conserva en la villa de Trigueros, provincia de Sevilla, 3 de diciembre de 1819. Biblioteca de la Real Academia de la Historia, CI-HU/9/3940/2(4).

Ortega, Ángel. La Rábida. Historia documental crítica. 4 vols. Sevilla Imprenta y editorial de San Antonio, 1926. (Hay edición facsímil en Huelva: Diputación Provincial de Huelva, 1986).

Penney, Clara Louisa. Washington Irving Diary, Spain 1828-1829. Nueva York: The Hispanic Society of America, 1926.

Peña Cámara, José de la. "Washington Irving en Sevilla, 1828-1829". Minervae Baeticae. Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras 15 (1987): 123-130.

Peña Guerrero, María Antonia. El tiempo de los franceses. La Guerra de la Independencia en el Suroeste español. Huelva: Ayuntamiento de Almonte, 2000.

Pérez Quintero, Miguel Ignacio. La Beturia vindicada o ilustración crítica de su tierra, con la noticia de algunas de sus ciudades e islas. Sevilla: Imprenta de Vázquez y Compañía, 1794. (Hay edición facsímil en Manuel José de Lara Ródenas. Un heterodoxo en la Huelva de la Ilustración. Miguel Ignacio Pérez Quintero. Huelva: Diputación Provincial de Huelva, 1995).

Ponz, Antonio. Viage de España, en que se da noticia de las cosas más apreciables y dignas de saberse que hay en ella, tomo XVIII. Madrid: Imprenta de la Viuda de Joaquín Ibarra, 1974.

Ravina Martín, Manuel. "José Vargas Ponce y la historia de Cádiz". Había bajado de Saturno. Diez calas en la obra de José Vargas Ponce, seguidas de un opúsculo inédito del mismo autor. Eds. Fernando Durán López y Alberto Romero Ferrer. Cádiz: Universidad de Cádiz / Universidad de Oviedo, 1999. 211- 222.

Ropero-Regidor, Diego. "Washington Irving y Moguer". En este libro.

Ruiz González, Juan Enrique. Huelva, según las relaciones enviadas por los párrocos al geógrafo real Tomás López en el siglo XVIII. Huelva: Diputación Provincial de Huelva, 1999.

Ruiz Lagos, Manuel. *Ilustrados y reformadores en la Baja Andalucía*. Madrid: Editora Nacional, 1974.

Salas Álvarez, Jesús. "El viaje arqueológico a Andalucía y Portugal de Francisco Pérez Bayer." *Spal* 16 (2007): 9-24.

Santamaría, Braulio. *Huelva y La Rábida*. Tercera edición corregida y aumentada. Madrid: Imprenta y librería de Moya y Plaza, 1882. (Hay edición facsímil en Granada: Universidad Hispanoamericana de La Rábida, 1991).

Téllez Molina, Ricardo, y Manuel Alonso Peña. *Los trigos de la Ceres Hispánica de Lagasca y Clemente*. Madrid: Instituto Nacional de Investigaciones Agronómicas, 1952.

Vallejo, Jesús. "Academia y fuero. Historia del real en la Real de la Historia." *Initium. Revista catalana d'Història del Dret* 3 (1998): 419-484.

Vargas Ponce, José. *Elogio histórico de D. Antonio de Escaño*. Madrid: Editorial Naval, 1962.

Vega Domínguez, Jacinto de. *Huelva a fines del Antiguo Régimen. 1750-1833*. Huelva: Diputación Provincial de Huelva, 1995.

Voltaire. *Cándido o el optimismo*. Barcelona: Millenium, 1999.